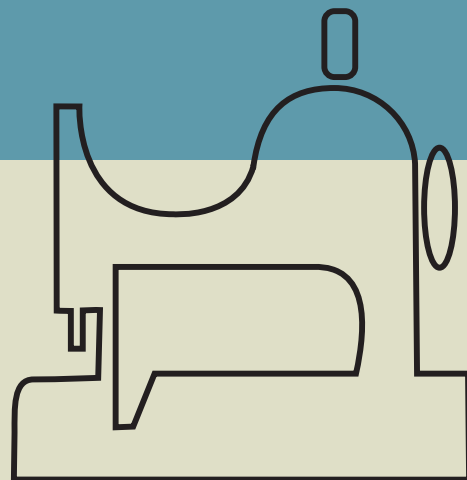




Un billete de ida 1950-1975

ÉXODO RURAL DE MUJERES A QUART DE POBLET

50549

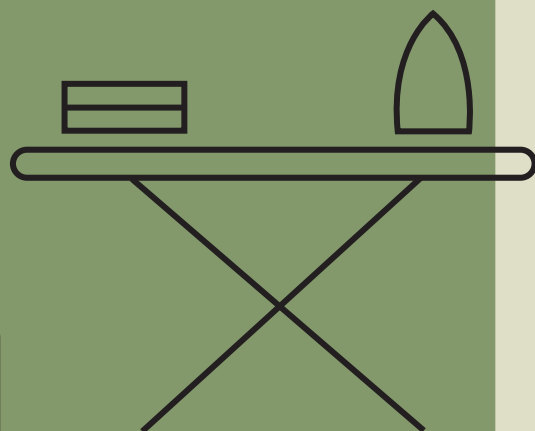
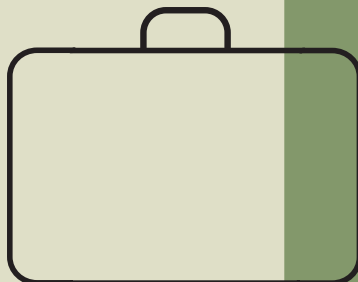
VALENCIA

PRECIO
PTAS 6,85

ENTREGASE
A LA LLEGADA

VIAJE

50549





AJUNTAMENT DE
Quart
de Poblet



CASA
DE LA
DONA

Coordinación técnica:
Pilar Cuenca de Cubas. Àrea d'Igualtat
de l'Ajuntament de Quart de Poblet

Textos:
Pilar Cuenca de Cubas
África Huertas González
Sofía Capilla Torres

Corrección textos:
Sofía Capilla Torres

Fotografías de retratos:
Caixa Fosca

Diseño gráfico y maquetación:
Estudio Lina Vila

Impresión:
Impresum

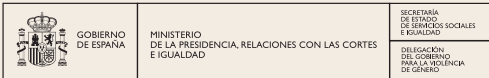
Primera edición:
Noviembre 2022

Edita:
Ajuntament de Quart de Poblet.
Casa de la Dona

Depósito legal:
V-3840-2022

La intención del editor de este material es que tenga la más amplia difusión.
La reproducción de su obra o parte de ella puede hacerse siempre que se
haga constar su autoría.

Esta publicación ha sido posible gracias a la financiación de:



Finançat amb càrrec als crèdits
rebutts del Ministeri d'Igualtat,
Secretaria d'Estat d'Igualtat
i contra la Violència de Gènere

Un billete de ida

ÉXODO RURAL DE MUJERES A QUART DE POBLET

1950 -1975

Sumario

10 Presentación

15 Las protagonistas

16	Natividad Turégano Pardo	60	Isabel Sánchez Río
20	Gloria Hornos Lara	64	M ^a Antonia Julve Layunta
24	Otilia Amieiro Prados	68	Juana María Navarrete Giménez
28	Dolores Úbeda Álvarez	72	María Ruiz Martínez
32	Eulalia Garrido Gallego	76	Amalia Cejalvo Serrano
36	Isabel Egea Figueroa	80	Paquita Montero Borrego
40	Carmen Periañez Orozco	84	Esperanza Huerta Martínez
44	María Oña López	88	Remedios Bernal López
48	Nicolasa Madrigal Lozano	92	María Granero García
52	Enriqueta Veliz Martínez	96	Flora González Sudón
56	Carmen Ruiz López		

100 Agradecimientos



Quart de Poblet se ha construido, en parte, con las historias de muchas mujeres que buscaron y encontraron un mejor futuro para sus familias en nuestro pueblo. Y esas historias, que son una pieza fundamental de nuestra memoria viva, son un capítulo más del relato común de una España emigrante que nos define como sociedad, y que pone de manifiesto la feminización de los flujos migratorios propia del último medio siglo.

A través de este trabajo de investigación hemos querido honrar a todas esas personas que en su día llegaron a nuestro pueblo y hoy son una parte indispensable de él. Pero especialmente hemos querido detenernos en ellas, las mujeres; por ser quienes, a pesar del carácter patriarcal de la sociedad española de los años 50, efectivamente sostenían las familias, dentro de sus hogares y, a partir de ese momento, también desde fuera.

Todas aquellas mujeres que compraron un billete de ida a Quart de Poblet con la esperanza de poder aspirar a una vida más acomodada empezaron a salir de sus hogares para incorporarse al mundo laboral, se integraron en las asociaciones locales y también crearon otras nuevas que les permitieron compartir las costumbres que traían con ellas con su nuevo hogar de acogida. Y así, en Quart de Poblet, hemos tenido nuestro propio itinerario migratorio que discurre por tierras manchegas y andaluzas principalmente, y que nos ha dejado un municipio rico, integrador, pero también integrado en una diversidad sociológica y cultural que nos enorgullece.

Quiero agradecer la predisposición de todas las vecinas que respondieron a la llamada del Ayuntamiento para la elaboración de este trabajo, y especialmente a quienes finalmente han compartido con todos nosotros y nosotras sus historias de vida y por extensión las de sus familias, porque nos han ayudado a ponerle rostro a una parte de la biografía local, un rostro que se dibuja femenino y diverso, y que ayudará a que las generaciones futuras entiendan mejor los motivos que empujan a las personas a buscar otras tierras donde vivir y aprecien el valor de la palabra integración.

Carmen Martínez Ramírez

Alcaldesa de Quart de Poblet

Soy una de tantas mujeres quarteras cuyo origen se remonta a otras comunidades autónomas. Mi abuela materna era de Campillo de Altobuey, provincia de Cuenca, y mi abuela paterna nació en Iznatoraf, un pueblo de Jaén.

Les tocó vivir en una época en la que escaseaba el trabajo en las zonas rurales del interior de nuestro país y en la que se hacía muy difícil sacar adelante a una familia. Para todas estas mujeres y hombres que emigraron en el éxodo rural, los comienzos fueron muy duros. Mi familia tomó la decisión de venderlo todo y con sólo un hatillo emprender el camino hacia Valencia. Fueron a parar a Quart de Poblet, un municipio pre-industrial cercano a la capital, donde ya vivían familiares que habían emprendido el viaje unos meses antes. Aquí llegaron con lo justo, compartieron casa con paisanos y paisanas e intentaron adaptarse a un lugar nuevo que en muy poco tiempo acogió a miles de personas.

Este trabajo de memoria histórica tiene como objetivo dar voz a las vivencias femeninas de nuestras abuelas y madres, mostrar cómo llegaron estas mujeres a nuestro municipio, cómo accedieron al mercado laboral sin abandonar el espacio privado de sus hogares y cómo volvieron a éstos para cumplir con la normativa laboral de la dictadura franquista que una vez casadas las relegaba y las discriminaba por el hecho de ser mujeres.

Como concejala de Igualdad, tengo el deber de reparar la ocultación de las mujeres en nuestra historia local reciente. Nos corresponde nombrar a estas mujeres a través de sus historias de vida, sacar a la luz los espacios que han ocupado y los trabajos y tareas que han desempeñado. Se trata de justicia social y de responsabilidad compartida.

En mi día a día, tengo la inmensa suerte de poder devolver con trabajo todo ese cariño y solidaridad que nuestro municipio tuvo para con las familias que vinieron en las décadas de los 50, 60 y 70. Quart de Poblet es lo que es gracias a ese mestizaje de culturas y personas que supieron convivir juntas. No habría sido posible sin el empuje y la valentía de muchas mujeres que con el paso de los años han conseguido hacer de Quart de Poblet un municipio especial. Va por todas ellas este trabajo y mi reconocimiento y absoluta admiración.



Cristina Mora Luján

Concejala de Cultura y Patrimonio Local, Memoria y Cultura
Democrática, Turismo, Igualdad y Políticas Inclusivas,
Contratación y Suministros del Ayuntamiento de Quart de Poblet





Presentación



Grupo de trabajadores y trabajadoras de la fábrica de cerámica Hijos de Justo Vilar de Manises.

Fotografía página anterior: Academia de corte y confección de Manuela Riao en la calle Travesía del Teatro.

Hasta hace bien poco el término Patrimonio se limitaba a objetos materiales que podíamos ver y tocar, pero pronto pudimos darnos cuenta de que también existía otro Patrimonio que no era tangible. Hace cuatro décadas surgió el concepto de Patrimonio Inmaterial y la necesidad de protegerlo para poner en valor aquellas tradiciones orales, rituales y usos sociales que se transmiten de generación en generación. Dentro del Patrimonio Inmaterial encontramos la historia oral, la cual nos ayuda a descubrir y a entender mejor el pasado porque nos proporciona un sentimiento de identidad.

A través de las historias de vida como las que presentamos en este libro recuperamos experiencias que se han quedado en los márgenes del discurso histórico. Sabemos que las entrevistas realizadas son valiosas y necesarias para poder ampliar la mirada de nuestra historia reciente, la del éxodo rural que tiene lugar en España entre las décadas de los años 50-70. En esta época se produce una acelerada industrialización del país debido al Plan de Estabilización de la dictadura franquista, lo que significa que muchas personas que vivían en el campo abandonan sus pueblos de origen para irse a las ciudades en busca de un trabajo y de mejores condiciones de vida.

Solo en la década de los sesenta, se calcula que en todo el territorio nacional más de 4 millones y medio de personas se trasladaron del campo a las ciudades para ocupar todos estos nuevos puestos de trabajo en los sectores económicos que estaban despegando. Corría el año 1964 cuando Nicolasa Madrigal Lozano, la mujer con más edad de nuestro pueblo, puso el primer pie en Quart de Poblet. Al igual que ella, muchas otras mujeres abandonaron sus hogares en busca de un futuro mejor. No fueron las primeras, pero sí lo hicieron en un momento clave para el crecimiento de un pueblo que, en apenas unos años, experimentaría un crecimiento demográfico y urbanístico sin precedentes.

Y aunque hombres y mujeres aportaron su granito de arena a este desarrollismo económico, este trabajo se centra en la construcción de un nuevo relato, conocer las historias de las mujeres protagonistas del éxodo



Banderín (Sección Femenina Falange).



Grupo de mujeres jóvenes delante de un SEAT 600.

rural a Quart de Poblet, así como sus relaciones, anhelos y experiencias. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué se marcharon de sus hogares? ¿Cómo había sido su vida hasta entonces y cómo sería la nueva?

Para poder iniciar este trabajo, desde el Área de Igualdad del Ayuntamiento de Quart de Poblet se difundió un anuncio donde se buscaban mujeres de otras provincias de España que hubieran emigrado a Quart de Poblet en las décadas señaladas. También contactamos con las asociaciones de mujeres del municipio: Mujer, Ocio y Trabajo (MOT), Asociación de Bolilleras de Quart de Poblet, Asociación de Amas de Casa y Consumidores Tyrius y con otras como la Entidad Cultural Castilla-La Mancha y el Centro Cultural Andaluz. Fueron más de una veintena las entrevistas realizadas entre los meses de abril y mayo de 2022, y tras un segundo encuentro con nuestras protagonistas en el mes de septiembre, las narraciones fueron tomando forma hasta enriquecer y ampliar el relato que se muestra en estas páginas.

De profesión, sus labores

Si con la Segunda República se consiguieron avances sociales como el derecho al voto de las mujeres, la aprobación del matrimonio civil, el divorcio y el intento de mejorar una sociedad con altas tasas de analfabetismo, incultura y miseria a través de una propuesta coeducativa, laica y gratuita, lo que ocurrió después, durante el régimen franquista, fue todo un retroceso en derechos y bienestar, especialmente para las mujeres.

Tras los aires de libertad que prometía la Segunda República, la doctrina patriarcal fue recuperada, asumida e impuesta por el nacionalcatolicismo franquista. Se trataba de impedir la independencia económica de las mujeres, además de limitar legalmente su acceso al empleo, especialmente entre las casadas, y así prepararlas para ese lugar “natural” que era el hogar donde ejercer las funciones de esposa y madre. A nivel normativo, el marido/padre era el cabeza de la unidad familiar convirtiéndose en el representante legal de la esposa, por lo que la mujer perdía cualquier capacidad de acción sin el consentimiento de su cónyuge.

El discurso sobre el ideal femenino propagado por la Sección Femenina de Falange, junto a una socialización diferenciada basada en estereotipos de género, producían hombres preparados para acceder al espacio público, activos y autónomos, y mujeres pasivas y dependientes, cuya casi única meta era casarse y servir a su familia para poner en práctica las lecciones de economía doméstica aprendidas. Esta mística de la feminidad, que era proclamada para todas las mujeres, era ajena a la realidad que vivían la mayoría de nuestras protagonistas, mujeres trabajadoras que añadían a su jornada laboral horas y horas de limpieza de unos hogares todavía ausentes de electrodomésticos.

Las entrevistas realizadas nos han permitido conocer de cerca a estas mujeres migrantes, hijas, hermanas, esposas, madres, trabajadoras, para comprobar lo distintas que eran estas obligaciones y expectativas según fueran para mujeres u hombres. Estas grandes diferencias son las que han aflorado en sus narraciones. En ellas queda claro que las mujeres se situaban en un escalón inferior a pesar de que eran ellas las que ocupaban un papel importantísimo en la vida cotidiana, en la familiar, y como veremos, también en la laboral.

Criadas, obreras y costureras

Muchas de nuestras protagonistas sirvieron, como internas, en casas. Otras trabajaron en fábricas de cerámica o cosiendo cortinas, ropa y todo lo que merecía ser remendado. La gran mayoría sorprendentemente desempeñó los tres trabajos, muchas veces en el mismo orden que el título de este epígrafe. En todas las fábricas que aparecen en los relatos, las mujeres cobraban menos que sus compañeros varones por el mismo trabajo. Y cuando se casaban, las empresas, con ayuda del gobierno, las obligaba a dejar el empleo a cambio de una indemnización que se conocía como “dote” quedando automáticamente en una situación de excedencia forzosa. La gran mayoría de nuestras protagonistas no lo vieron así. El ideal de mujer que se transmitía tenía que casarse y tener criaturas, y aunque a la economía familiar le hubiera venido bien otro sueldo, era inviable si a la vez debían criar ellas solas a hijas e hijos. El hombre, casi siempre ausente en el ámbito privado, permanecía ajeno a la crianza y a las responsabilidades del hogar. Muchas de nuestras protagonistas vieron en la costura una fuente de ingresos que podían compatibilizar con su rol reproductivo y de crianza, pero la ausencia de un contrato laboral las dejó desprotegidas de prestaciones sociales, de futuras jubilaciones y de reconocimiento alguno por todo el trabajo de cuidados realizado durante todas y cada una de las etapas de sus vidas.



Trabajadoras de Hijos de Justo Vilar pintando cerámica.



Taller de modistas en la calle Travesía del Teatro.

Quart de Poblet, un municipio acogedor

El pueblo de Quart de Poblet pertenece al conjunto de poblaciones ligadas económica y geográficamente a l' Horta Sud, un amplio territorio de huerta que rodea la capital valenciana y cuya base económica ha sido, durante toda su evolución histórica, la agricultura. Es colindante a los municipios de Aldaia y Xirivella por el sur, de Mislata al este, de Manises y Paterna por el norte, y de Chiva y Riba-roja de Túria a medida que avanzamos hacia el oeste. Tiene una extensión de territorio de 19,64 km² formando, en su conjunto, un



Vista aérea de la Factoría El Cano.



Edificios en construcción.



Membrete de carta de la empresa de productos químicos E. Turégano.

espacio en forma alargada limítrofe con las comarcas de l'Horta Nord y Camp de Túria. En el pasado, fue parte del cinturón defensivo de la ciudad de Valencia lo que incentivó su crecimiento y desarrollo.

En 1950 el municipio de Quart de Poblet tiene en su censo 5.408 habitantes, en 1960 cuenta con 10.025 habitantes, una década después su población llega a 14.473 y tan solo 5 años después, en 1975, registra un incremento espectacular alcanzando las 26.281 personas empadronadas, de las cuales 17.937 son personas migradas de otras provincias españolas.

La industrialización y la proliferación de las empresas azulejeras y cerámicas que afectó no solo a Quart de Poblet, sino también a muchos otros municipios colindantes, sería el principal motivo. La llegada de la Factoría El Cano, la fábrica Turégano, o Refracta unos años antes, se convertirían en elementos claves, ya que ofrecieron y dieron trabajo a miles de personas. A pesar de no contar con una extensión considerable de terreno para un crecimiento tan importante, el municipio de Quart de Poblet explotó al límite los términos, lo que explica en parte la casi unión de éste con los pueblos vecinos.

El pequeño núcleo urbano fue creciendo, modificando la arquitectura urbanística del lugar, y el pueblo, mayoritariamente agrícola, fue dando paso a grandes industrias. El proceso migratorio implicaba un crecimiento del pueblo hacia las zonas periféricas, hasta ese momento ocupadas por campos de cultivo, pero que ahora debían dar cobijo a la gran cantidad de personas que comenzaban a llegar. Este hecho cambiará radicalmente durante este periodo a causa de las nuevas industrias y de la construcción de nuevas viviendas. Así, se fueron sumando al pueblo el barrio de la Cebollera, el barrio del Cristo y el de San Jerónimo. La gran red de acequias, que hasta entonces se conducían por la parte exterior, a la intemperie, fue quedando bajo tierra para poder permitir la construcción de nuevas viviendas.

Procedencias

Detenerse en Quart de Poblet como destino no se produjo de manera aleatoria, sino que se eligió, en la mayoría de los casos, por contar con algún pariente o persona conocida del mismo pueblo de origen que ya se había trasladado a este municipio en alguna de las oleadas migratorias anteriores y que les había contado lo que aquí estaba sucediendo, es decir, la posibilidad de encontrar un trabajo. Bajo estas premisas se embarcaron muchas de nuestras protagonistas.



Grupo de mujeres jóvenes vestidas de camareras para servir en una boda.



Grupo de mujeres en la carnicería de la tía Amparito en la calle Mayor.

La procedencia de estas mujeres y hombres que llegaban a Quart de Poblet era mayoritariamente de pueblos de Castilla-La Mancha y Andalucía, aunque también llegaban minorías de otros lugares de la geografía española. El hecho de haber muchas personas que compartían procedencia dio lugar a la creación de entidades culturales como es el caso de la Entidad Cultural Castilla-La Mancha, el Centro Cultural Andaluz, el Coro Rociero y la Rondalla Aires Manchegos de Quart de Poblet, asociaciones que continúan hoy en día su trayectoria siendo centros de reunión y de ocio que ponen en valor cultura, tradiciones y folclore.

En este ejercicio de memoria histórica, y a lo largo de las próximas páginas, conoceremos el relato migratorio de algunas de estas mujeres, testimonios subjetivos con toda la emocionalidad que ello conlleva, y que muchas veces aparecerán entrelazados con las historias de vida de sus madres y abuelas. Ubicaremos en el mapa de la España vaciada su procedencia y los motivos que las llevaron a dejar sus lugares de origen, los espacios donde fueron asentándose a su llegada, las relaciones que comenzaron a tejer con sus vecinas y vecinos, su integración con el valenciano o su rápida adaptación a una nueva sociedad que ofrecía trabajo, y donde también comenzaba a tener valor la palabra ocio.

El trabajo femenino fue un factor clave en los planes de desarrollo económico y social. Al haber sido subordinado y diferenciado respecto al del varón, resultó ser una mano de obra más barata. El patriarcado situó a todas las mujeres en un lugar de segunda categoría, sin derechos y muchas veces explotadas.

Este libro es un homenaje a todas ellas, y aunque no están todas las que son, la memoria colectiva y las experiencias migratorias de estas mujeres extraordinarias y generosas ejemplifican las dificultades y también los logros de la gran mayoría. Nuestro deseo es visibilizar estas vivencias teniendo presentes los compendios sociales que atravesaba la realidad de una época y otorgar reconocimiento al papel de las mujeres, muy a menudo, las grandes olvidadas de cualquier historia.

LAS PROTAGONISTAS*

Natividad . Gloria . Otilia . Dolores . Eulalia . Isabel
Carmen . María . Nicolasa . Enriqueta . Carmen
Isabel . M^a Antonia . Juana . María . Amalia
Paquita . Esperanza . Remedios . María . Flora

* Por orden de llegada a Quart de Poblet.



Natividad Turégano Pardo

Edad: 86 años. Llegó a Quart de Poblet en 1957 de Minglanilla, Cuenca.

Natividad nace en 1936 en Minglanilla, un pueblo de Cuenca. Sus padres se dedicaban al campo y, aunque al principio su madre también, la llegada de su segundo hijo cambiaría la vida de toda la familia. El parto se complicó. Remedios, su madre, debía dar a luz aquel día a dos chicos, pero solo sobrevivió uno provocando, o eso creyeron dada la falta de asistencia médica en aquellos años, un derrame en la madre que hizo que perdiera la vista. Remedios se quedó ciega, tenía 27 años, y Natividad, con 4 añitos y ayudada por su tía materna Juana Antonia, tuvo que ocupar el rol de su madre en la casa.

Eusebio, su padre, vendió los terrenos que tenía en el pueblo para ganar un dinero con el que llevar a su mujer a Barcelona para que la vieran en una de las clínicas de oftalmología más prestigiosas por aquel entonces, la del Dr. Barraquer. Llegó un momento en que casi se quedó sin hacienda para trabajar y sin terrenos que vender. Un señor de Valencia que iba mucho por allí a cazar y les conocía, tras saber de la situación en la que se encontraban, les ofreció casa y trabajo en Mislata, les proporcionó también cartilla y todo lo necesario para encontrar atención médica en Valencia. En 1944 los cuatro viajaron a Mislata y allí se instalaron en un pequeño terreno, propiedad de aquel señor, y donde Eusebio un mes antes se había adelantado para construir una pequeña chabola, como bien describe Natividad. “En casa no había agua ni luz, tenía que ir a la acequia a por el agua”, afirma.



Nati y Juan en un viaje a Las Palmas de Gran Canaria en 1988.

Eusebio, que había sido agricultor toda su vida, se puso a trabajar de peón de albañil con aquel señor y el resto del día se ocupaba de los campos de las vecinas y los vecinos que le decían: “Eusebio, tengo que arrancar estas patatas, ¿puedes echarme una mano?”. Natividad se emociona al hablar de su padre, describiéndolo como un hombre muy trabajador, siempre optimista, que jamás se quejó o enfadó a pesar de la situación que tenían.

Natividad, con 8 años, se ocupaba de la casa y de su hermano de 4 años que se llamaba Florencio. “Yo no he ido nunca en la vida al colegio”, nos cuenta, debido a que su madre apenas podía hacer tareas en la casa y, si las hacía, ella las tenía que supervisar. Natividad la sentaba tras vestirla y asearla, y después ella se tenía que ocupar de las tareas propias de la casa como lavar la ropa, hacer la comida y atender y criar a su hermano.

Natividad apenas pudo hacer amigas, tan solo nos habla de una niña, una vecina de su misma edad. Continúa relatando que “algún descerebrado” le dijo a su madre que igual teniendo otro hijo le volvía la vista, “dado que había sido en un parto donde la había perdido”. Y así fue como nacieron dos hermanos más, un chico y una chica, de modo que Natividad, con 11 años, pasó a criar a su hermana y a sus dos hermanos pequeños, a ocuparse de la casa y también de su madre. Se entristece recordando aquellos años tan duros y difíciles.

Tuvieron que ir a la iglesia a pedir ayuda porque su madre no tenía suficiente leche para los dos recién nacidos. *Las hijas de María* les dijeron que tenían que ir a misa para recibir la ayuda, más concretamente les prometieron que si los domingos toda la familia iba a misa bien vestida, a la salida, se le daría un bote de leche. “Esta obligación duró mucho tiempo”, sostiene Natividad con pesar. Cuando cumplió 11 años le dijeron que debía tomar la comunión. Ella aceptó y recibió en casa las clases de catequesis sin apenas leer ni escribir, pero al poco tiempo empezó a decir a unas y a otros que ya la había tomado y la creyeron, aunque no era verdad. Las vecinas y vecinos les daban patatas, cebollas, cacaos

Natividad, con 8 años, se ocupaba de la casa y de su hermano de 4 años que se llamaba Florencio. “Yo no he ido nunca en la vida al colegio”, nos cuenta.

y todo lo que había en el campo. “La gente era buena con nosotros”, reconoce. Los avisaban para recoger patatas que se habían quedado en tierra y ellos iban en familia a *espigolar*. No solo iban ellos, sino que muchas otras familias también lo hacían, ya que había mucha hambre y necesidad.

Natividad, cuando tenía aproximadamente 13 años, cogía del brazo a su madre y juntas acudían a las tiendas para que ella fuera conociendo el lugar. Así fue como una vecina les dio la idea de vender iguales, refiriéndose a los cupones de la ONCE. Vieron en ello una posibilidad de ganar algo más de dinero. Mientras estaban fuera, a los más pequeños los llevaban a la casa de una señora que se encargaba de cuidarlos. Nos cuenta que siempre contó con la ayuda de su padre. A pesar de la época y la educación machista que hombres y mujeres recibían, Natividad recuerda, emocionada, que su padre “era un bendito que se encargaba de todas las cenas y que me ayudaba en casa con todos los quehaceres.”

Mientras tanto, por si la faena era poca, debido a este éxodo rural iban llegando hombres y mujeres desde Minglanilla a su casa. Remedios les cobraba un dinero por el alojamiento y la manutención. Por aquel entonces, pudieron comprar una máquina de coser para poder remendar calcetines, sábanas y ropa. Con 15 años Natividad aprendió a coser observando a las chicas de servicio que siempre quedaban bajo la higuera que había junto a su casa para coser su dote en su día libre, que era los jueves.

Con el dinero que Remedios fue guardando con los años, un día que fueron a vender cupones a Quart de Poblet su madre se enteró de que se vendía una casita en la calle del Pilar. Así, llegaron a un acuerdo y la compraron. Un mes antes de la riada de Valencia de 1957 la familia se trasladó de Mislata a Quart de Poblet. Por aquel entonces, Natividad ya se había casado y, en el momento de la mudanza, su primer hijo tenía siete meses y le habían puesto de nombre Juan.

El hecho de mudarse desde Mislata al núcleo más antiguo de Quart de Poblet propició que Natividad conociera a gente nacida allí, lo que le permitió aprender a hablar valenciano. Su suegra y su suegro lo hablaban en casa, y su amiga y vecina, también. Al final terminó hablándolo y ahora es casi su lengua habitual. En Quart de Poblet se sintió muy acogida, puesto que las mujeres de la calle eran muy buenas con su familia. Natividad recuerda la Mercería de Rosarito y el Horno de la tía María, con la que se llevaba muy bien y que era quien les había vendido la casa. Además, ya tenían agua y luz en la vivienda, y si tenían que hablar por teléfono, en la misma calle estaba Telefónica.

Cuando su hermana Vicenta pudo ayudar a su madre, vendieron la casa de la calle del Pilar y compraron una casa con planta baja y piso para que Natividad se quedara el bajo y pudiera, de este modo, montar un negocio. Nuestra protagonista tenía entonces 28 años y nos dice: “Una vez que me puse a vivir yo sola con mi familia, es decir, me independicé, pude por fin hacer lo que a mí me gustaba, que era poner un negocio”.

Nos cuenta también, emocionada, cómo Juan, su pareja, colaboraba en las tareas de la casa. Por lo visto, su madre rogaba al Santísimo Cristo de la Salud de Minglanilla para que Natividad encontrara un buen marido y el milagro se hizo. Juan, sabiendo toda la responsabilidad y el trabajo que Natividad tenía, le dijo a su padre: “Yo me caso con su hija, tengo 23 años, no se preocupe por nada que juntos ayudaremos en todo lo que esté en nuestras manos”.

Con un marido como Juan, nos cuenta nuestra protagonista que sí o sí le tenían que salir tres hijos y una hija tan maravillosos como el padre. Tras tener a Juan, le siguieron Enrique, Natividad y Onofre.

Natividad decidió abrir un kiosco en aquella planta baja, pero pronto vio que era muy sacrificado y lo cambió por una tiendecita de barrio. Nos cuenta que estuvo abierta doce años y que en ese tiempo su marido opositó y se convirtió en policía local del Ayuntamiento de Quart de Poblet.

Una vecina le pidió el favor de vender en su tienda lotería para la residencia de ancianos de la Iglesia. Ella aceptó, pero como no la vendía, le pidió a su marido que la llevara al mercadito, y fue entonces cuando coincidió con Moisés, que también vendía papeletas de Navidad y con el que decidió hacer un intercambio. Fue así como la suerte llegó a esta familia y Natividad ganó 375.000 pesetas, toda una fortuna en aquella época. Con ese dinero compró un piso, un coche y un campo de siete hanegadas cerca de donde sus padres habían comprado anteriormente un terreno, frente al actual Hotel Restaurante *La Carreta*, en la carretera de Madrid. “Las siete hanegadas me costaron 7.000 pesetas”, nos cuenta. Después de construir una casita, un día apareció una mujer que quería comprar un trozo de tierra por allí. Natividad, que sin duda había heredado la astucia comercial de su madre, con la aprobación de su marido le vendió una hanegada por 20.000 pesetas, precio que a la mujer le pareció razonable. Poco después apareció la cuñada de esta señora pidiendo comprar otra hanegada y Natividad le dijo que sí, pero subió el precio a 25.000 pesetas, pronto vio negocio en aquello de comprar y vender terrenos por lo que cerró su tienda y se dedicó a ello. Compró hasta veintisiete hanegadas que ya no eran cultivables y las fue vendiendo poco a poco. Con las ganancias que obtuvo se hizo su casa y es allí donde vive en la actualidad.



Gloria Hornos Lara

Edad: 70 años. Llegó a Quart de Poblet en 1957 de Arroyo del Ojanco, Jaén.

Gloria es una de las hijas menores de Filomena y Antonio, madre y padre de nueve hijas e hijos que llegaron a Quart de Poblet en 1957. Gloria nos cuenta que en su pueblo no había trabajo y se pasaba mucha hambre. Sus padres trabajaban en el campo recogiendo aceitunas, y para sacarse un extra rebuscaban aquéllas que no se recogían o caían al suelo para poder venderlas después. Sus hermanos más mayores comenzaron a trabajar con 8 ó 9 años, los chicos en el campo y las chicas sirviendo en los cortijos sin recibir jornal, solo a cambio de comida. Recuerda que su madre pasaba muchos días comiendo únicamente una naranja, ya que el pan de racionamiento lo guardaba para las criaturas.

En el pueblo vivían de alquiler en una casa grande, que en su interior tenía una antesala desde donde se accedía a tres pequeñas viviendas donde vivían tres familias. Las estancias eran tan pequeñas que la familia de Gloria dormía en una misma habitación, menos el abuelo, que dormía en la cocina. Nos cuenta Gloria que los colchones estaban rellenos de *farfollas*, que eran las hojas de las mazorcas secas. Entre las tres familias juntaban casi veinte niñas y niños y recuerda que la gente de los cortijos les llamaban *los tordos* porque se comían la fruta y todo lo que pillaban. Su madre tenía 16 años cuando se fugó con su padre, pero no fueron los únicos que lo hicieron, sino que otras parejas del pueblo también, ya que, por lo visto, era habitual que las jóvenes parejas se fugaran escapando de las normas estrictas sociales y familiares. Una vez fugados a esas parejas se las trataba como un matrimonio más, aunque años después unos protestantes que llegaron allí los casaron a todos en una boda conjunta.



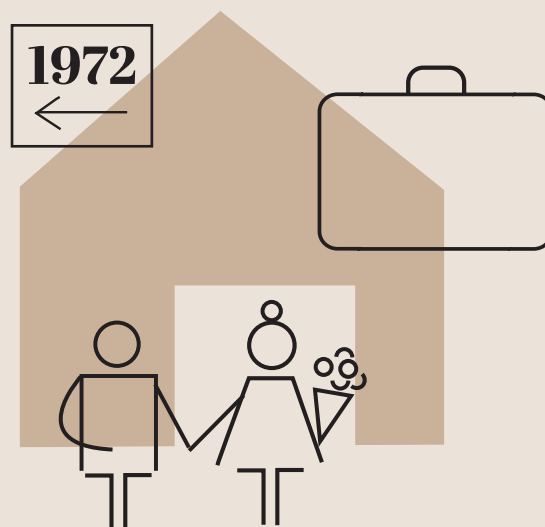
Retrato de Gloria a los 14 años.

Filomena, la madre de nuestra protagonista, también buscaba leña para intercambiarla por algo de pringue para comer y, por supuesto, siguió trabajando después de casada. “Mi madre ha trabajado mucho”, nos cuenta Gloria. Llegaron primero a Valencia, a casa de su tía Úrsula, un mes después de la Riada de Valencia, y se instalaron en el barrio San José de Quart de Poblet, que en aquel momento solo tenía pequeñas casitas de adobe y un chalet muy grande en la carretera. Su tía Úrsula había emigrado a Valencia tras quedarse viuda, después de que fusilaran a su marido en la guerra, y encontró trabajo en una portería. “Ella fue quien nos trajo a todos”, nos cuenta. En la pequeña portería se alojaron, llenando de colchones la salita y durmiendo todas y todos allí. Al poco de estar en Valencia, su hermana se echó un novio que era pocero cuyo jefe tenía una casita en el Barrio San José, y a él se la alquilaron y así es como se instalaron en Quart de Poblet. No tenían agua, ni luz, y poco después compraron esa misma casa cuyo precio, según recuerda, ascendía a 12.000 pesetas.

Sus padres estaban pagando *las trampas* que habían dejado a deber en el pueblo. En palabras de Gloria, “*trampa* significa que debes algo, se dice me he entrampado cuando se tiene una deuda”. También nos dice que se decía el *fiao*.

Así es, las “trampas” eran las compras que se fiaban, es decir, que se cogía de la tienda lo que se necesitaba, y en los comercios lo apuntaban en una lista y a fin de mes, cuando se cobraba, se iba pagando lo que se debía hasta completar la deuda.

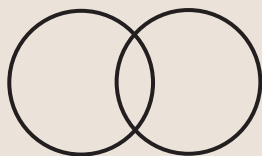
Gloria nos cuenta que dejar el pueblo fue muy difícil para ella. Recordaba mucho a sus amigas, aunque reconoce que pronto todo el barrio se hizo cercano y la relación fue muy familiar. Toda la gente que allí vivía venía de fuera y por eso los lazos terminaron creándose. Ella misma se casaría más tarde con un chico del barrio, Francisco, emigrante como ella, nacido en Valdeganga, un pueblo de Albacete, que llegó un poquito más tarde que ella también desde Valencia. La familia de Francisco tuvo la ayuda de la familia de Gloria para instalarse. Les dejaron cocinar hasta que su casa estuviera lista y así es como se conocieron Gloria y Francisco.



El padre de Gloria, Antonio, se fue a Zaragoza a trabajar. “Yo solo lo veía una o dos veces al año y era mi madre la que se encargaba de todo y nos crió con mano dura”, asevera.

A los 11 años Gloria dejó la escuela y la pusieron a servir en una casa en Valencia donde estuvo interna. Cuenta que los jueves y los domingos por la tarde cogía el autobús e iba al barrio a estar con su familia. “Tenía solo dos horas y una ya se me iba con el viaje de ida y de vuelta”, nos dice. Recuerda que cobraba 750 pesetas al mes.

Con 14 años se sacó el certificado de escolaridad porque lo necesitaba para trabajar en la fábrica de azulejos Mollá, cerca del barrio, y fue allí donde trabajó durante cuatro años. Aunque tenía la cartilla del seguro en la fábrica, descubrió años más tarde que no la habían dado de alta. Trabajaba toda la semana en la fábrica, incluso los sábados por la mañana, y cuando terminaba la jornada



En el año 1972, la mayoría de edad de la mujer pasa de los 25 a los 21 años, equiparándola a la del hombre. Anteriormente, las mujeres menores de 25 años no podían abandonar el domicilio familiar sin el permiso del padre, salvo para casarse o para ingresar en un convento.

laboral debía ocuparse de la casa junto a su madre y sus hermanas. Un buen hombre, según recuerda, les permitía lavar frente a la base de los soldados, ya que su familia seguía sin agua y sin luz. Con la ropa y sábanas mojadas, que pesaban muchísimo, volvían a casa, y por supuesto esta tarea la hacían solo las chicas.

Cuenta que los chicos jóvenes podían ir y venir con libertad, mientras ellas estaban sometidas a un control paterno y materno muy estricto. Podían festejar, pero nunca estar a solas con ellos. Gloria asegura que solo pudo pasear una vez con su novio sin compañía. "Existía un miedo atroz a que las hijas vinieran a casa embarazadas sin estar casadas", nos dice, para añadir: "por eso nos queríamos casar pronto, pero te casabas si tus padres daban el visto bueno porque hasta los 21 años no eras mayor de edad". Se casó con 18 años con el consiguiente permiso paterno y se mudó al núcleo urbano de Quart de Poblet. Siguió trabajando hasta que se quedó embarazada, y después se empleó limpiando casas sin contrato, mientras dejaba a su hija Nani a Salvoreta, una señora mayor que cuidaba bebés.

A los 11 años Gloria dejó la escuela y la pusieron a servir en una casa en Valencia donde estuvo interna. Cuenta que los jueves y los domingos por la tarde cogía el autobús e iba al barrio a estar con su familia. "Tenía solo dos horas y una ya se me iba con el viaje de ida y de vuelta", nos dice. Recuerda que cobraba 750 pesetas al mes.

La pareja, desde su inicio hace casi treinta años, comenzó a colaborar con la Entidad Cultural Castilla-La Mancha. Años después se crearía la Rondalla Aires Manchegos de Quart de Poblet, cuya promotora y presidenta fue Araceli Gil Simón. Actualmente Gloria sigue cantando en ella y está a punto de entrar en el grupo musical tocando la bandurria. También acude a clases de gimnasia en el pabellón municipal y de pintura al óleo en la Asociación Tyrius.

Gloria perdió el contacto con su pueblo de origen y con el resto de su familia. La lejanía y la pérdida de familiares próximos en Arroyo del Ojanco propició esta desconexión, pero Gloria creó otro vínculo con Alcalá del Júcar, el pueblo de su marido, el cual murió hace tres años.



Otilia Amieiro Prados

Edad: 89 años. Llegó a Quart de Poblet en 1960 de Mugardos, La Coruña.

Otilia nació en Mugardos, un pueblo de La Coruña. Fue hija única, aunque su madre tuvo más bebés, no sobrevivió ninguno. “Para tenerte a ti he sufrido mucho”, nos dice repitiendo lo que su madre siempre le decía. Por lo visto, la mujer tuvo que guardar reposo durante los nueve meses de embarazo, sin apenas moverse y evitando esfuerzos. Otilia acabó la educación primaria, aunque después no siguió estudiando. Acudió a una academia donde le enseñaron a bordar y a coser, frente a su casa coruñesa. Su situación familiar le permitió que tampoco le hiciera falta trabajar y poco antes de cumplir los 20 años se casó con Avelino, su novio del pueblo.

Tal y como establecía la legislación franquista, las mujeres quedaron relegadas a una posición de subordinación. Se inculcó el patrón decimonónico del “ángel del hogar”, cuyos postulados habían empezado a cuestionarse tímidamente en el primer tercio del siglo XX y cuya funcionalidad transmitida de generación en generación estaba basada en la identidad de la mujer con el amor, el matrimonio y la maternidad. Ni que decir tiene que esta situación jurídica y desigualitaria para las mujeres se prolongó durante los años de la dictadura, sin apenas modificaciones.

Comienza la entrevista hablando de su pueblo y de su infancia con un brillo especial en los ojos, sin duda debido a la famosa “morriña”. Su padre, pescador, trabajaba en un barco de altura y se pasaba “cinco o seis meses en la mar”, recuerda Otilia, a lo que añade: “mi padre nada más veía cielo y mar”. En ese tiempo, su madre se ocupaba



Otilia y Avelino en 1935.

de las labores de casa y del cuidado de la niña, pues le decía “tú cuidas a tu hija”. Las mujeres que aguardaban a sus maridos en casa “no podían salir a pasear”, y al preguntarle a Otilia por qué motivo nos dice que mientras él estaba peleando con las olas del mar, ella se debía a su casa y a su familia. Para sobrellevar la ausencia del marido, las visitaba la familia, abuelos, tíos y tías... También podía ir ella a visitarlos, “pero irse de paseo no”, matiza. En esta situación la vida privada de los hogares cobraba más fuerza todavía y, como si de un duelo se tratase, el ocio y la vida social desaparecía por completo.

Otilia y Avelino, ya casados y con dos hijos -Avelino de 7 años y José Gabriel de 2 años-, llegaron a Quart de Poblet en 1960. Otilia por aquel entonces tenía 26 años y el motivo por el que se trasladaron fue por el trabajo de Avelino, su marido. Él era verificador de metrología y trabajaba en los Astilleros Españoles del Ferrol. Un día le llamaron de la Factoría ElCano, de Quart de Poblet, porque querían contratarle para poder poner en marcha una máquina que siempre fallaba y que nadie sabía utilizar. Quedaron tan contentos con el trabajo de Avelino que le pidieron que se quedara, pero él les dijo que antes de aceptar tenía que regresar a su tierra “a ver si mi mujer quiere”. En ese mismo momento recibió otra oferta de trabajo de los astilleros de Cádiz, pero Otilia le dijo que prefería vivir en Valencia y así es como el matrimonio se mudó de alquiler a una de las casas de ElCano.

Llegado el momento compraron la casa pudiendo descontar lo que ya habían pagado de alquiler los años anteriores. Recuerda que cuando llegó a Valencia preguntó: “¿Dónde están las flores?” Todo el mundo le había dicho

Las mujeres que aguardaban a sus maridos en casa “no podían salir a pasear”, y al preguntarle a Otilia por qué motivo, nos dice que mientras él estaba peleando con las olas del mar, ella se debía a su casa y a su familia.

lo bonita que era Valencia y, sin embargo, nos dice entre risas: “Lo habíais pintado muy bonito, pero había más flores en mi tierra”. Al preguntarle por el pueblo y su gente dice con rapidez “de maravilla”, “no eché de menos mi tierra por la gente”, confiesa al referirse a la buena acogida que recibió y a la gente tan amable que conoció.

Otilia pronto se hizo amiga de la mujer de un directivo de ElCano que, al igual que ella, no trabajaba. Juntas iban a la piscina olímpica que había dentro de las instalaciones y jugaban al tenis y al frontenis, ya que el ocio creado dentro del recinto de la fábrica era también para las familias de los trabajadores y las trabajadoras. “Sí, había mujeres carretilleras llevando piezas de un lugar a otro y mujeres que llevaban las grúas”, recuerda Otilia, quien las saludaba cuando se cruzaba con alguna de ellas. También nos cuenta que “había gente que lavaba la ropa de los trabajadores”. De hecho, ella misma y pagando una pequeña cantidad, se evitaba hacer esa tarea.



Puerta del Cine Nilo en la calle Trafalgar.

Su madre y su padre se mudaron a casa de Otilia, por lo que dejaron la casa familiar del pueblo coruñés a un familiar para que se la cuidara a cambio de que estuviera lista para cuando ellos llegaran. “Todos los veranos íbamos al norte”, confiesa, haciendo ver que mantuvo sus raíces y que no perdió la conexión con su pueblo de origen. La casa que Avelino y Otilia se compraron nada más casarse también la conservaron al mudarse a Valencia. Al igual que hizo su madre, le pidió a una prima suya que la cuidara mientras vivía aquí. Con los años, al fallecer su marido y su hijo, decidió ponerla a la venta y un primo suyo se la compró.

Sobre el ocio nos cuenta que en Quart de Poblet iban a pasear por la avenida San Onofre en dirección a Manises. También iban con sus dos hijos “casi todos los días” al Cine Nilo, donde la entrada costaba 50 céntimos. Los domingos que salían buenos, que eran casi todos, iban a la presa, en Manises, con unos amigos. Cada pareja

llevaba algo y Otilia solía hacer una empanada. “Lo pasábamos muy bien”, recuerda mientras nos dice que jugaban a las cartas y al parchís.

Nos cuenta que hace más de treinta años que “mi Avelino”, como suele referirse a él cariñosamente a lo largo de la entrevista, faltó. A pesar del paso del tiempo, cuando lo recuerda o habla de él, se emociona. A los ocho años de enviudar se volvió a casar, esta vez con Juan, un hombre también viudo, nacido en Villamalea, un pueblo de Albacete, que tenía tres hijos, Juan, Julián y Mariboni. Nos cuenta que lo conoció aquí, en Quart de Poblet, un día que fue a comprar el pan. “Era un hombre muy bueno”, reconoce, pero la vida se lo quitó también. “Me casé con él por el juzgado y estuve con él tantos años como con el primero”, nos dice, agradecida por la vida que le tocó y por haber estado rodeada de tanto cariño.



Dolores Úbeda Álvarez

Edad: 73 años. Llegó a Quart de Poblet en 1962 de Écija, Sevilla.

Loli llegó a Quart de Poblet junto a su familia en 1962 desde Écija, un pueblo de Sevilla. Con apenas 13 años encontró aquí un nuevo hogar. Fue una tía suya la primera en llegar a Valencia, y tras ella le seguiría parte de la familia Úbeda Álvarez, más concretamente su padre, su madre, su hermana y su hermano pequeño. Los demás hermanos, como eran mayores, dos se quedaron en el pueblo y otros dos ya estaban trabajando en Málaga. Sin embargo, con el tiempo fueron viniendo progresivamente.

En Écija, esta familia de ocho hijas e hijos no tenía propiedades. Vivían de alquiler. Su padre era temporero y el trabajo en el campo se centraba en los meses de verano, cuando se iba a segar. Su madre era modista y, aunque alguna vez le llevaban faena a su casa, lo habitual era que fuera ella la que se desplazara a coser hasta las casas de las señoras que requerían sus servicios.

Con 8 años nuestra protagonista dejó la escuela porque su madre acababa de dar a luz a su hermana pequeña y tuvo que quedarse en casa a cuidarla mientras su progenitora se iba a trabajar. “La que traía el dinero a casa era mi madre”, nos cuenta. Lola, que es como se llamaba su madre, trabajaba durante todo el día para después llegar a casa y seguir trabajando en las tareas del hogar y en la crianza de los niños y niñas. El padre de Loli trabajaba menos horas y cuando terminaba se iba a la plaza. Cuando le preguntamos sobre la implicación de él en las tareas de la casa nos dice: “Mi padre jamás hizo nada, al igual que mis hermanos”. Confiesa que a ella siempre le ha gustado mucho leer y gracias a ello pudo seguir aprendiendo con los años.



Retrato de Loli a los 13 años.

Loli vino a Valencia a cuidar a una hermana casada que se puso muy malita. Cuando conoció la ciudad se dio cuenta de todas las posibilidades que había para su familia, y esta hermana terminó de convencerla para que se trasladara aquí con ella. Loli ya no volvió al pueblo. La familia primero se mudó a Castellar, donde vivía su tía y su tío, y donde su madre comenzó a trabajar limpiando casas hasta que dijo que era modista en una de ellas. Y fue entonces cuando la señora de la casa le cambió de faena y, en vez de limpiar, la puso como modista arreglando los uniformes de las niñas y otras prendas de la familia. De Castellar se trasladaron a la carretera de Madrid porque aquella señora tenía allí un huerto y una casita que les ofreció para vivir, y al padre de Loli le pidió que se encargara de la tierra y de vigilar el terreno. Allí estuvieron un año. Después se mudaron a un piso de alquiler del Barrio de San Jerónimo, en Quart de Poblet. Por aquel entonces, Loli ya tenía 16 años y se casó con Paco, su novio de Écija que había venido tras ella.

Su padre entró a trabajar contratado en Macosa, una empresa de fundición de hierro ubicada en la Malvarrosa, y su madre siguió trabajando sin ningún contrato, en aquella casa hasta pasado los 60 años. Se dedicó a coser, planchar, limpiar y “a lo que le mandaban”, según nos dice Loli.

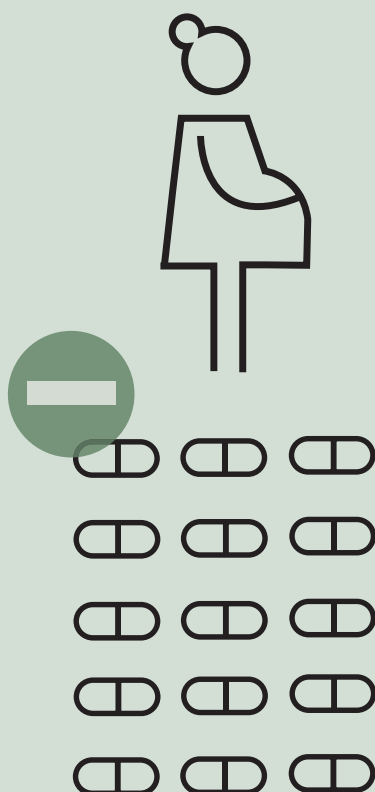
Loli se puso a trabajar en cuanto llegó a Quart de Poblet. Se encargó de cuidar a los tres niños de una familia que vivía en “la tienda de comestibles de Consuelín”, situada en la antigua Plaza de la Báscula. Allí estuvo dos años y durante ese tiempo el dinero pactado lo entregaba la dueña de la tienda a la madre de Loli. Su hermano pequeño, cuando tenía 14 años, se fue de aprendiz a un horno en Ribarroja del Turia donde le contrataron y allí mismo se jubiló, y su hermana pequeña, al terminar la escuela, se puso a trabajar en una fábrica de azulejos en la carretera de Ribarroja del Turia. Tras casarse, Loli estuvo limpiando casas en Valencia, hasta aproximadamente los 47 años de edad, siempre sin contrato y sin posibilidad de cotizar.

En diez años, de los 18 a los 28 años, Loli tuvo 3 hijos y 1 hija. Fue entonces cuando ella le pidió al médico, por segunda vez, tomar anticonceptivos, ya que antes se lo habían denegado. “Antes no te correspondía, pero ahora sí que te los puedo dar porque ya tienes familia numerosa”, le dijo Don Ricardo, el médico.

Loli solo volvió a Écija después de llevar viviendo nueve años en Valencia. No era fácil ir y venir de Sevilla y, al no contar con casa propia en el pueblo, resultaba más complicado pasar los veranos allí. Al final lo que ocurrió es que también parte de la familia extensa fue trasladándose aquí: un hermano trajo a sus suegros y así, poco a poco, la gente de allí se marchó. “Allí no había trabajo para nada ni para nadie”, nos dice.

Como Loli se quiso casar siendo menor de edad, necesitó del consentimiento de ambos progenitores, pero en especial el de su padre, ya que sin su firma no se podía autorizar la unión. “La mujer no tenía ni voz ni voto”, nos cuenta. En aquel momento, añade, si un hombre pegaba a una mujer se normalizaba y no pasaba nada. También nos dice que si una mujer se separaba estaba muy mal vista. “Era una pelandrusca, decían quienes no sabían nada, pero él no era tachado de nada. Solo ellas sufrían las acusaciones”, afirma contundente nuestra protagonista. A esto añade: “Lo que se escuchaba continuamente era que la mujer tenía la obligación de aguantar y callar todo y, si ella se quejaba, entonces decían que es que ella no había sabido gestionar las cosas”. Para colmo, afirma que no podías ni quejarte a tu propia madre porque la respuesta era siempre la misma: “Tienes que aguantar”.

El Estado reconocía al hombre como el único interlocutor válido entre la familia y la sociedad. La mujer pasaba a depender de la potestad del marido, como antes lo hiciera de la potestad de su padre.



Loli fue madre muy pronto. Paco, su marido, había sido educado como la gran mayoría de los hombres de su tiempo. Los celos y la mentalidad de aquella época, que consistía en colocar a la mujer en su casa y con sus hijos e hijas, encerraron a Loli desde bien joven en su hogar. “Yo me ocupaba de la casa, de los niños y de quedarme sola”, nos cuenta. Muchos fines de semana su marido se arreglaba y salía, pero ella parecía no tener ese derecho, sino solo la obligación de ser esposa y madre. Loli no lo veía normal, aunque reconoce que era lo habitual. “Que estuviéramos acostumbradas no significaba que lo aceptáramos como correcto. El valiente es valiente mientras que el cobarde quiere”, asevera.

En diez años, de los 18 a los 28 años, Loli tuvo 3 hijos y 1 hija. Fue entonces cuando ella le pidió al médico, por segunda vez, tomar anticonceptivos, ya que antes se lo habían denegado. “Antes no te correspondía, pero ahora sí que te los puedo dar porque ya tienes familia numerosa”, le dijo Don Ricardo, el médico. Loli nos confiesa que no estaba bien visto tomar medidas anticonceptivas para evitar los embarazos, y las pastillas solo las recetaban a las mujeres en casos muy concretos o cuando la mujer, como en el caso de Loli, ya había “cumplido” con la función de tener suficientes hijas e hijos. Loli tuvo a Juan, el mayor, al que le siguieron Paquito, Lucía y Raúl. “Mis hijos son mi vida. Gracias a Dios son buenas personas, trabajadoras, los mejores hijos que podía tener”, afirma satisfecha.

Loli también trabajó cosiendo para Luanvi, una fábrica de ropa deportiva ubicada en el Barrio del Cristo. Ella tenía su máquina de coser y, aunque afirma que lo que ganaba “era una miseria”, le servía para “sacarse unas perras”. A Loli le gustaba ese trabajo porque lo tomaba como una evasión que le servía para desconectar de sus ocupaciones de la casa, de sus hijas e hijos y de su marido. Al igual que otras mujeres, especialmente las casadas, todo lo ganado en este tipo de faenas era “en negro”, lo que provocó que muchas mujeres que habían trabajado durante toda su vida, pero que no fueron dadas de alta en la Seguridad Social, no pudieran cobrar nunca una jubilación.



Merci à tous
de m'avoir accompagné dans cette aventure
et surtout de m'avoir fait connaître
le monde de la photographie.

Eulalia Garrido Gallego

Edad: 67 años. Llegó a Quart de Poblet en 1962 de El Bonillo, Albacete.

Eulalia vino de El Bonillo, un pueblo de Albacete, en el año 1962 junto a sus padres, dos hermanas y un hermano: Rosario, M^a Carmen y Juan Antonio. Cuando Eulalia vino a Quart de Poblet tenía 7 años, y su único hermano, el más pequeño de la familia, llegó con un año “y aprendió a andar aquí”, nos cuenta. Fue su tío Manolo el primero en venir a Valencia a cumplir el servicio militar y fue él quien le contaba a su madre, que también se llamaba Eulalia, lo bonita que era Valencia y lo mucho que le gustaban las fallas en las cartas que le mandaba. Tan bien lo hizo, que los padres de Eulalia emigraron hasta estas tierras junto a sus tres hijas y su hijo recién nacido. Cuando terminó la mili Manolo ya no quiso volver al pueblo y buscó trabajo hasta encontrar uno en Quart de Poblet.

En la calle Mayor, un matrimonio que no tenía hijos, Vicente y Pilar, necesitaba que alguien se ocupara de sus campos, que estaban situados en la zona alta del pueblo, por donde ahora está el ambulatorio. El matrimonio le proporcionó un jornal, alojamiento y comida. Al poco tiempo llegó Eulalia con su familia y Manolo se encargó de buscarles un piso y trabajo para su cuñado, Juan Antonio, en una fábrica de cerámica de Manises.

Eulalia aún recuerda con cierta gracia la forma en la que llegaron, de noche, en un camión alquilado donde metieron muebles y enseres y hasta unas camitas para las tres niñas y el pequeño. Nos cuenta que le preguntaba a su hermana mayor, que tendría unos 12 años por aquel entonces, que a dónde iban a vivir, a lo que su hermana le contestaba “en una finca”. Eulalia le decía entonces: “¿Finca?. ¿Y eso qué es?”, y su hermana le explicaba que era una casa encima de otra,



La gran familia de Eulalia.

pero Eulalia seguía sorprendida y sin entender nada. Recuerda entonces que cuando llegaron se puso a correr emocionada escaleras arriba y abajo, y que esto contrastaba con la actitud de su madre, que estuvo llorando durante todo el trayecto. “Mi madre lloraba mientras nosotras dormíamos. Le daba mucha pena dejar su pueblo, tantas cosas y personas, toda su vida allí”, recuerda.

Una vez se instaló la familia, y al no encontrar plaza en la escuela, la madre de Eulalia se presentó en el ayuntamiento para hablar con el alcalde. Él le contó que el crecimiento demográfico que estaba sufriendo el pueblo con la llegada de tanta gente había dificultado la escolarización de niños y niñas, pero que iban a buscar una solución. Mientras tanto, pudieron escolarizar con mucho descuento a las dos pequeñas en el Colegio del Carmen, en Manises. Al año y medio o dos se inauguraba el Colegio Ramón Laporta y, aunque Mari se cambió a Quart, Eulalia continuó yendo a El Carmen. Eulalia recuerda su infancia con cariño, asegurando que “fui muy feliz y en Quart de Poblet me trataron muy bien”.

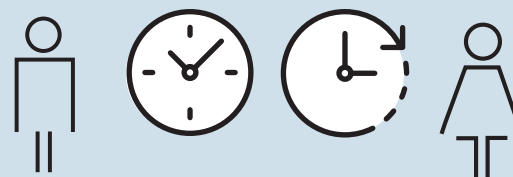
En el pueblo de origen, la madre de nuestra entrevistada había estado sirviendo en casa de la maestra, pero una vez llegó a Quart de Poblet dejó de trabajar. Una vez aquí, sus hijas y la casa ocuparon todo su tiempo. Aquí nació otra hija, Pili, y dos años después nacería otra más, Amparo, gracias a la ayuda de Doña Carmencita, la comadrona de Quart de Poblet, por lo que pasaron de ser seis a ocho en casa. Una vez dio a luz a sus cinco hijas y a un hijo, aceptó un trabajo en una fábrica de flecos ubicada en la calle Majoral de Quart de Poblet. Allí recogía los flecos, se los llevaba a casa, los cosía y devolvía la mercancía cosida, por supuesto sin ningún tipo de contrato y regularización.

Eulalia, al terminar la escuela con 14 años, entró a trabajar como aprendiz en la empresa de géneros de punto Panés, situada frente a la fábrica El Águila, en la carretera de Madrid. Estuvo trabajando en el Departamento de Control de Calidad dando

el visto bueno final al producto antes de que saliera de fábrica. Desde el primer momento tuvo contrato y fue dada de alta en la Seguridad Social. De hecho, todavía conserva el contrato que tuvo que firmar también su padre por ser ella menor de edad. “En Panés trabajábamos más mujeres que hombres”, nos cuenta Eulalia, quien añade que entabló muy buena amistad con todas sus compañeras. “Los chicos siempre cobraban más que nosotras”, sostiene Eulalia, y esa desigualdad salarial aún se incrementaba más porque ellos podían hacer los tres turnos de trabajo: mañana, tarde y noche. Relata que al principio, cuando ella entró, había dos mujeres que hacían el turno nocturno, “pero luego lo quitaron” y se determinó que las mujeres no tendrían la posibilidad de hacer el turno de noche.

Eulalia no se equivoca, el Fuero del Trabajo de 1938, que era el “texto constitucional” que regulaba las relaciones de trabajo, indicaba que se “prohibirá el trabajo nocturno de las mujeres y niños, regulará el trabajo a domicilio y liberará a la mujer casada del taller y de la fábrica”, es decir, en ese momento a la mujer se la relegaba al ámbito reproductivo y se la expulsa del espacio productivo. Con la Ley de Contrato de Trabajo de 1944, las mujeres casadas necesitaban el consentimiento de su marido. Dicha normativa discriminatoria, y que aparecerá en muchas otras entrevistas, se mantuvo hasta la aprobación de la Ley 56/1961 de Derechos Políticos, Profesionales y de Trabajo de la Mujer, la cual prohibiría toda forma de discriminación laboral en función del sexo y expresamente la discriminación salarial, aunque, como también veremos a lo largo de los relatos, esta prohibición en la práctica siguió subsistiendo a lo largo de las décadas siguientes.

“Los chicos siempre cobraban más que nosotras”, sostiene Eulalia, y esa desigualdad salarial aún se incrementaba más porque ellos podían hacer los tres turnos de trabajo: mañana, tarde y noche.



Eulalia estuvo haciendo muchas horas extras, además de trabajar en vacaciones, consciente de que solo entraba el jornal de su padre en casa y el dinero se necesitaba. “Yo sabía que tenía hermanos detrás de mí”, nos dice, conocedora de la carga que soportaba como la mayoría de jóvenes de aquellos años. Por eso, el dinero lo entregaba a su madre para que lo gestionara.

Eulalia estuvo muy a gusto los once años que trabajó en Panés. Lo hizo hasta que se casó porque la empresa le ofreció un dinero para que se marchara y ella aceptó. Su madre también estuvo trabajando allí, aunque sin contrato. Su hija le llevaba la faena a casa, que consistía en hacer terminaciones de las prendas, coser botones y cremalleras. Su hermana Mari, la que iba detrás de ella, al cumplir los 14 años también entró a trabajar en la misma fábrica. No tardó en quedarse embarazada tras la boda, “otra tontería que se hacía antes”, confiesa al pensar que podría haber esperado un poco, pero como ya sabemos a estas alturas, una vez se convertían en mujeres casadas el único rol era el de ser esposa y madre. Eulalia tuvo dos hijas: Irene y Cristina.

Para divertirse solían ir al río donde había un merendero y pasaban allí el día. Otra forma de entretenerse también consistía en ir al Cine Nilo. Nuestra protagonista asegura que su madre nunca fue muy estricta con sus hijas en las

Eulalia estuvo haciendo muchas horas extras, además de trabajar en vacaciones, consciente de que solo entraba el jornal de su padre en casa y el dinero se necesitaba. “Yo sabía que tenía hermanos detrás de mí”, nos dice.

tareas del hogar. Su hermano, el único chico, tuvo más suerte y cuando había que hacer las camas y lo mandaban a él, su madre solía decir: “Dejadlo, con tantas chicas en casa no lo va a hacer él”. También nos cuenta que en esa época, y como en la mayoría de familias, el miedo a que una de las hijas pudiera quedarse embarazada suponía una preocupación constante.

Recuerda haber ido solamente dos o tres veces a El Bonillo, su pueblo de origen, y afirma que en una de esas visitas vendieron la casa. Como en Valencia iban al Balneario Las Arenas, al río Túria o las fallas, ir a El Bonillo se complicaba, además de que ya no tenían una casa donde quedarse porque la familia materna también emigró a Quart de Poblet. Sus primos, nos cuenta, venían en verano, y cuando llegaba la hora de volver al pueblo, no querían hacerlo. Por eso, en cuanto tuvieron edad de trabajar, fueron viniendo y poco después lo harían su tía y su tío, asentándose aquí una nueva familia.



Isabel Egea Figueroa

Edad: 81 años. Llegó a Quart de Poblet en 1962 de Villacarrillo, Jaén.

Isabel jamás había salido de su pueblo. Casada, con una hija y esperando la segunda, fue a Madrid en busca de Ángel, su marido, que meses antes tuvo que emigrar para poder trabajar. Allí consiguieron alquilar un dormitorio en una casa, pero recuerda que se trataba de una habitación muy pequeña. En ella tenían la ropa, los cacharros de cocina que se había traído consigo y una cama de cuerpo y medio para los tres, pero como pronto serían cuatro y no cabían, decidieron volverse al pueblo.

Sin expectativas laborales y sin futuro para sus hijas en Villacarrillo, Isabel convenció a su marido para marchar a Quart de Poblet siguiendo el ejemplo de un amigo del pueblo. "Ángel vino primero y se puso a trabajar haciendo baldosas, pero no en una fábrica, sino que, al tener su propia máquina, iba donde lo llamaran", nos cuenta Isabel. El matrimonio se instaló en Quart de Poblet con una criatura de 2 meses y su otra hija de algo más de 1 año. Corría el año 1962. Primero alquilaron una habitación, después se mudaron de alquiler a un piso en la calle Conde Rodezno, y más tarde vivieron cinco o seis años en la calle Murillo nº 7. Finalmente, como su marido entró a trabajar en Aceros Eléctricos del Turia, se trasladaron a Manises y allí compraron una vivienda.



Retrato de Isabel a los 17 años.

"La mujer que no trabajaba sirviendo en alguna casa, interna o no, lo hacía cosiendo en casa o en fábricas, pero una vez se casaba todo se complicaba porque era difícil gestionarlo todo", nos aclara Isabel. En su caso, tiempo después, cuando sus criaturas se hicieron un poco más mayores, sí tuvo que buscar trabajo. Concretamente, se encargó de unos niños a los que tenía que llevar a la escuela. Lo habitual era que los hijos e hijas mayores comenzaran a trabajar pronto, para ayudar a la economía familiar, antes incluso que hacerlo las madres. Por ejemplo, Juani, la hija de Isabel, empezó a trabajar pintando en una fábrica de porcelana cuando tenía 13 años; y lo mismo ocurrió con la siguiente hija, Cande, que trabajó en el almacén de otra fábrica de cerámica. Con estos nuevos jornales, la familia comenzó a vivir más desahogada.

Isabel recuerda que Quart de Poblet era un sitio acogedor y amable, y que por ello pronto se adaptó al lugar y a su gente. Nos cuenta que especialmente le ayudaron otras mujeres, "mujeres ayudando a mujeres" como bien apunta su hija, presente en la entrevista. Recuerda con mucho cariño a Enriqueta, su vecina, que era de Albacete, y que le ayudó mucho y le quiso casi como si fuera su madre. Sobre las actividades de ocio de aquella época en Quart de Poblet, nos cuenta que "el entretenimiento más barato era ir al río y que era un lugar que servía como punto de encuentro donde tomar el aire, pasar un día y estar con las amistades y la familia".

A pesar de que en esos años muchas familias contaban con el dinero justo para el día a día y tenían que mantener a un elevado número de criaturas, los maridos podían ir al bar a entretenerse con sus amigos, mientras que ellas no podían hacer lo mismo porque no tenían donde dejar a sus hijas e hijos ni dinero para hacerlo. "El cabeza de familia era él y el que abría la cuenta del banco era él", nos dice Isabel, aunque nos aclara que a ella la autorizó su marido y que, en ese sentido, nunca tuvo problemas.

Su cuarto bebé nació en un taxi de camino al hospital. Tuvo que dejar a su hija mayor, que solo tenía 5 años, al cargo de sus hermanos más pequeños, Cande y Ángel, de tan solo un añito este último. Con ese panorama en casa pidió el alta voluntaria en el hospital.



Picnic familiar en El Saler en 1966.



En este punto, hay que recordar que el artículo 57 del Código Civil vigente en esa época establecía que las mujeres casadas estaban obligadas a obedecer al marido y su falta de libertad era tal que necesitaban presentar la llamada “licencia marital” para cualquier cosa. Es decir, sin el permiso del marido no podían trabajar, ni cobrar un salario, ni abrir un negocio, ni ocupar cargos públicos, ni abrir una cuenta corriente en un banco, ni sacarse su pasaporte... La supresión tanto de la licencia marital como de la obligación de obedecer al marido se consiguió en 1975 y se la debemos a una mujer: María Telo.

En general, ellas se ocupaban de la compra, de la comida, de la limpieza, de las hijas e hijos y también de trabajar fuera, cuando era necesario. Ellos iban a trabajar, entregaban el dinero en casa y pasaban un rato con su familia. A pesar de las necesidades que Isabel vivió, se siente afortunada viendo que en otras casas la situación aún era peor.

Isabel nos relata cómo daba a luz en casa, junto a las comadronas, y cómo inmediatamente debía ponerse en pie, ya que tenía otros hijos e hijas que atender. Su cuarto bebé nació en un taxi de camino al hospital. Tuvo que dejar a su hija mayor, que solo tenía 5 años, a cargo de sus hermanos más pequeños, Cande y Ángel, de tan solo un añito este último. Con ese panorama en casa pidió el alta voluntaria en el hospital. Aún llegó otro hijo, el quinto y último, Julio, que nació en la casa de la calle Murillo con la ayuda de una comadrona del pueblo llamada Doña Carmencita. Sin embargo, Isabel nos cuenta que realmente Julio no fue su último hijo, ya que una de las niñas a las que cuidaba Isabel acabó quedándose en la casa a vivir con la familia y se convirtió así en una hija más: Gisela.

Isabel mantuvo las raíces de origen, como algunas costumbres, comidas e incluso el acento, que todavía hoy conserva. Sin embargo, mucha de su familia se vino aquí también, siguiendo sus pasos, y poco a poco nadie se quedó en Villacarrillo. Sus familiares fueron vendiendo casas y tierras para poder comprar viviendas en Valencia y con el tiempo dejó de ir y, aunque siente sus orígenes, ya no le quedan más que parientes lejanos allí.



Carmen Periáñez Orozco

Edad: 74 años. Llegó a Quart de Poblet en 1963 de El Torno, Cádiz.

El 11 de febrero de 1963 Carmen llega con su familia a Quart de Poblet, y con esa misma precisión nos cuenta lo feliz que estaba ese día. Quart de Poblet se presentaba emocionante y llena de novedades. Tenía entonces 16 años y vio por primera vez la playa, los aviones, los edificios altos... Cuenta Carmen que su familia no vivía mal del todo, es decir, nunca les faltó de comer, aunque no tenían para grandes caprichos. Su padre, Antonio, había sido el primer colono que recibió tierras y una casa por parte del Estado tras la Guerra Civil. Pronto El Torno se llenó de más colonos que cultivaban la tierra y contaban con una vivienda, casitas bajas, todas iguales, cedidas a cambio de un arrendamiento.

Aunque estaban bien situados en el pueblo, “mi padre, que no tenía la mentalidad de aquel tiempo, sino más avanzada, sabía que había trabajo en el campo para uno o dos de sus hijos, pero no para los cinco”. Y aunque Carmen pudo ir a la escuela hasta los 14 años y conseguir el certificado de escolaridad, sus dos hermanos tuvieron que dejar los estudios para ayudar en el campo.

Carmen refiere que una prima suya había llegado dos años antes a Quart de Poblet y en su correspondencia les animó a ir una y otra vez, asegurando que allí había mucho trabajo para todas y todos y de todo tipo. Su padre se adelantó para conocer el lugar y Quart de Poblet le fascinó. Vio todas las posibilidades que daba para su familia y en ese mismo primer viaje dio la entrada para un piso en la calle Batalla de Almansa. Venían de un pueblo donde no había agua ni luz en las casas, por eso cuenta Carmen en cuanto puso el pie en el piso nuevo, fue corriendo a abrir el grifo.



Carmen junto a su hermano
Nicolás en el colegio de El Torno.

Mientras sus hermanos pequeños acudían al Colegio Sagrado Corazón, los más mayores se pusieron a trabajar enseguida. “Había mucho trabajo. Terminabas en un sitio para empezar en otro al día siguiente porque cobrabas más”, relata. Su madre ya no volvió a trabajar fuera del hogar, puesto que se dedicó a la crianza y a gestionar la economía familiar. Al entrar varios sueldos en la casa, era la que recogía todos los jornales y distribuía el dinero para poder llegar a fin de mes.

Carmen y uno de sus hermanos entraron a trabajar en la fábrica de azulejos Leopoldo Mora. “Yo nunca había trabajado en una fábrica, había mucha faena”, nos dice. Añade que al principio de entrar, como muchas personas eran menores de edad y no estaban dadas de alta, cuando venía una inspección las encerraban a todas en los hornos para que no las vieran. “Algo, sin duda, muy peligroso”, nos confirma.

De allí se marchó a La Estambrera Valenciana, cerca de donde se encuentra el cementerio, porque le pagaban más. Era una empresa dedicada a los ovillos de algodón donde todas las trabajadoras eran mujeres, menos los encargados que eran todos hombres. Allí estuvo alrededor de un año.

Al poco tiempo, encontró faena en la fábrica Cerámica Domínguez de Levante (Cedolesa S.A.), más conocida como la fábrica del Barranquet, aunque este era el nombre antiguo. Un letrero hecho de azulejos que había en la entrada recordaba este nombre y, pese a cambiar la denominación, todo el mundo seguía llamándola el Barranquet. Carmen nos cuenta con mucho orgullo que ella era la que más dinero llevaba a casa porque en el Barranquet trabajaba a destajo. Ganaba unas 700 pesetas, mientras que sus hermanos y su padre cobraban alrededor de 400 pesetas. Sin embargo con el tiempo descubrió que de los ocho años que allí trabajó, solo tenía cotizados cuatro.

“Antes ni avisabas, te ibas y ya está. Había trabajo, todo el que querías, y si te enterabas de que te pagaban más, te quitabas de una y te ibas a otra”, nos dice. Sabe que estuvo trabajando en el Barranquet hasta 1972, año en el que se casó, pero no fue una coincidencia, sino que respondía al hecho de que el Estado pagaba a las mujeres que dejaban el trabajo para casarse una prima a la que llamaban dote. “Ninguna se quedaba”, nos dice. En su caso, con ese dinero pagó su viaje de novios a Mallorca, “y aún me sobró”, nos puntualiza.

Recordemos que el Fuero del Trabajo de 1938 obligaba a las mujeres trabajadoras de talleres y fábricas a abandonar su puesto de trabajo al contraer matrimonio con la finalidad de que se dedicasen únicamente a su familia. Para poder incentivar esta medida se les daba una compensación económica a la que llamaban dote. La posterior legislación asistencial siguió privando de alicientes al empleo femenino al conceder subsidios y prestaciones a las familias en las que la esposa permanecía en casa, como los bonos por hijos que cobraban los hombres.

Carmen recuerda que pronto vecinas, vecinos y amistades del barrio se convirtieron en parte de su familia. Nos cuenta que Vicente, un señor que tenía una tienda de comestibles frente a la Casa de la Cultura, le decía a Isabel, su madre, que gracias a la gente que estaba llegando de fuera de Quart de Poblet él estaba haciendo dinero. “Yo estoy agradecido”, les decía.

Carmen nos cuenta con mucho orgullo que ella era la que más dinero llevaba a casa porque en el Barranquet trabajaba a destajo. Ganaba unas 700 pesetas, mientras que sus hermanos y su padre cobraban alrededor de 400 pesetas. Sin embargo con el tiempo descubrió que de los ocho años que allí trabajó, solo tenía cotizados cuatro.



Carmen con su peña La Yenca en 1965.

Cuando llegaba la Pascua hacían *los rogles*, algo así como las peñas de hoy en día. Un grupo de personas jóvenes se reunían y pasaban los días comiendo la mona, volando la cometa o pasando el día en el río. De ahí solían salir las parejas de novios que después se casaban, como fue el caso de nuestra protagonista. Allí conoció a Pepe, su marido, que vino como tantos otros de Cuenca. Su peña se llamaba La Yenca y parte de su diversión consistía en ir al cine (primero al Cine Viguer y después al Cine Nilo) o también alquilar una antigua gasolinera donde escuchaban música y pasaban la tarde bailando.

Como en todas las casas, las hijas, en este caso Carmen y su hermana, eran las encargadas de lavar la ropa, limpiar y colaborar junto a su madre en las tareas domésticas. Ni su padre ni sus hermanos hicieron nunca nada. “Mi madre les llevaba el vaso de agua a mis hermanos y a mi padre. Ellos ni se levantaban de la mesa”, asevera. Esta misma desigualdad se trasladaba a las normas: ellas no podían ir solas a ningún sitio, en cambio ellos iban y venían cuando querían. “Tenían libertad total”, afirma Carmen. Aún con todo eso, reconoce que hubiera tenido mucha menos libertad en el pueblo, El Torno, donde aún estaban más arraigadas esas costumbres machistas.

Una vez que Carmen se casó, se dedicó a su casa y a su hijo y su hija. Y cuando éstos ya fueron más mayores volvió a trabajar cuidando a una señora hasta que falleció. En la actualidad, acude diariamente a un buen número de actividades municipales: asiste a clases de desarrollo personal, cuartilla, memoria, escritura creativa, yoga, gimnasia y zumba. Además de todo eso, está sumergida en un proyecto personal que pone de relieve su creatividad y su dinamismo: la escritura de las memorias de su madre que falleció con 104 años.



María Oña López

Edad: 72 años. Llegó a Quart de Poblet en 1963 de Villafranca de Córdoba, Córdoba.

María llegó con 14 años a Quart de Poblet una noche de noviembre de 1963. Su familia y ella venían de Villafranca de Córdoba, una localidad de la provincia de Córdoba conocida como la *pequeña Rusia* por la gran cantidad de republicanos y republicanas que vivían allí. Sabe bien la historia de su familia, la de su pueblo de origen durante la Guerra Civil y las consecuencias que hubo después. María era la pequeña de tres hermanos, dos chicos y ella.

Su familia no vivía mal en el pueblo. Su padre Francisco trabajaba en el Cortijo Casablanca la Vieja como tractorista y, en cuanto pudo, se llevó a sus dos hijos para que trabajasen allí, puesto que había faena para muchas personas. Francisco fue de los pocos trabajadores que estuvieron fijos. María nos cuenta que en aquel momento el dueño del cortijo era el alcalde de Córdoba. Era tan grande el lugar que el tren entraba para cargar lo recogido en los campos, además de que también iban y venían furgonetas que revisaban los carriles de la vía. Precisamente fue una de ellas la que golpeó en la cabeza al padre de María y, como consecuencia, murió en el acto. Tenía sólo 45 años. Sus hijos, afectados, no quisieron seguir trabajando en el cortijo. De esta manera, la madre, María, se puso en contacto con uno de sus hermanos que se había criado con otra familia al morir su abuela en el parto y que vivía en Valencia. Este hermano le contó que allí había trabajo y oportunidades para la gente y así fue como la familia se trasladó a tierras valencianas.

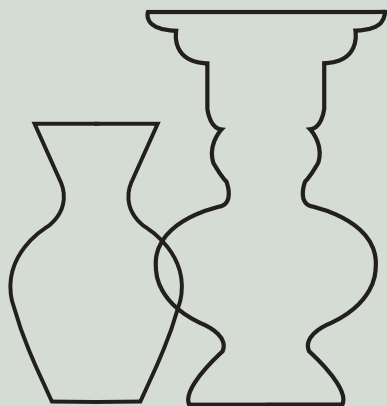


María, a los 18 años viendo la falla de Quart de Poblet.

Primero vivieron en Valencia, concretamente en la calle de La Reina, en el Cabañal, y después de un año se trasladaron a Quart de Poblet porque su tío encontró trabajo para sus hermanos en Industrias Gali, en Xirivella, y dada la cercanía decidieron comprar un piso al final de la avenida San Onofre. María recuerda cómo estaba la avenida en esa época: desértica, llena de barro y poco iluminada. “Cuando llegué a Quart y vi la avenida -dice llevándose las manos a la cabeza-, me llevé una sorpresa desagradable porque yo venía de un pueblo grande, asfaltado y con iluminación en la calle, y pensaba encontrar aquí lo mismo”.

Su madre, al estar enferma constantemente, nunca pudo trabajar. Tenía una mujer que le lavaba la ropa y, al estar su padre “asegurao”, como dice María, una vez fallecido, la madre pudo recibir una paga de viudedad. Entre ésta y la de orfandad que recibía María por ser menor de edad, tenían 1.100 pesetas al mes. Hay que pensar que en esa época un alquiler medio en Quart de Poblet costaba aproximadamente unas 1.000 pesetas al mes.

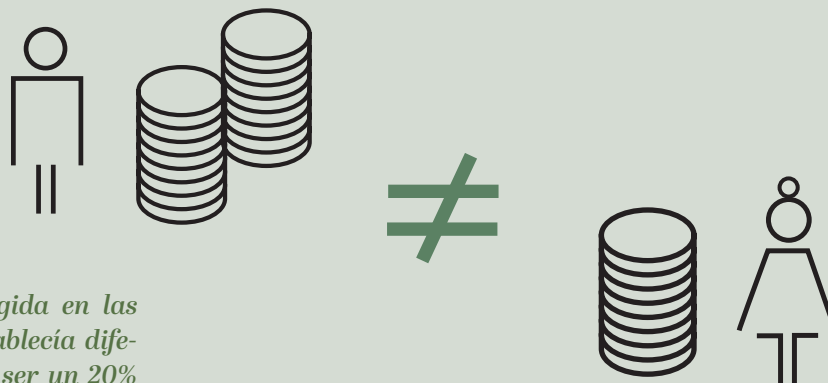
María fue poco a la escuela. Sus hermanos sí que estudiaron y después se pusieron a trabajar, pero dado el estado enfermizo de su madre decidieron que lo mejor era que María dejara la escuela y se quedara en casa para ayudarla. De esta manera, María tuvo que ocuparse de todo: lavaba la ropa con ayuda de la mujer que iba, planchaba, compraba y hacía la comida.



María se puso a trabajar haciendo vasijas en la fábrica de cerámica Vicente Mora, en Manises, donde no la aseguraron. Cuenta que en las inspecciones de trabajo “el encargado nos avisaba a todas y salíamos por la puerta trasera, allí esperábamos a que nos volvieran a llamar”.

Antes de comenzar su andadura por las fábricas de azulejos como la mayoría de jóvenes que venían, María, que en su pueblo natal había aprendido a coser, acudió a la calle Cirilo Amorós, cuando todavía vivía en Valencia capital. Allí había una casa de costura que cosía las chaquetas para Lanas Aragón, y la aceptaron tras ver su destreza montando las mangas de las chaquetas. Entró como aprendiz en un grupo de cinco mujeres que trabajaban para un sastre. María era la encargada de coger la mercancía terminada, colgar en su brazo las siete u ocho unidades tapadas con un trapo e ir en el tranvía hasta los grandes almacenes.

Tras la costura, María se puso a trabajar haciendo vasijas en la fábrica de cerámica Vicente Mora, en Manises, donde no la aseguraron. Cuenta que en las inspecciones de trabajo “el encargado nos avisaba a todas y salíamos por la puerta trasera, allí esperábamos a que nos volvieran a llamar”. A los 16 años cambió de trabajo, ya que se enteró de que en la fábrica del Barranquet necesitaban gente. Allí hacía los azulejos pequeños, los de piscina, con dibujos de pulpos o delfines. María cree que en la fábrica del Barranquet había muchas mujeres porque cobraban menos que los hombres, es más, las jóvenes cobraban todavía menos porque tenían contrato de aprendiz, que era el que se hacía si entrabas con menos de 18 años.



Esta discriminación salarial aparecía recogida en las Reglamentaciones de Trabajo. El Estado establecía diferencias en el salario que llegaban incluso a ser un 20% inferiores respecto de las percibidas por el hombre en un puesto de similares características. Otra técnica utilizada por el régimen franquista consistía en fijar o adscribir los salarios a diferentes categorías profesionales, diferenciando entre categorías masculinas y femeninas. También en estas reglamentaciones se recogía que en el caso de “no casarse bien” la mujer estaba obligada a obtener trabajos de peor cualificación y menor retribución que el varón, nada nuevo a estas alturas que no reflejase el distinto papel que la sociedad reservaba para unas y otros.

En el Barranquet la hicieron fija, pero con el tiempo descubrió que en determinados meses no la habían asegurado. Relata que en aquellos años nadie se molestaba en comprobar esas cosas, como tampoco durante sus años como costurera. También nos cuenta que estuvo un tiempo en la fábrica Lois, de la carretera de Madrid, haciendo las terminaciones de los famosos pantalones vaqueros.

Relata cómo la gente iba a la explanada que había frente a la Ermita de San Onofre a pasar la tarde o a comer la mona en Pascua. También recuerda el campo de maíz que ocupaba la extensión de fincas donde actualmente está la comisaría de la Policía Nacional. Ella se juntaba con otras jóvenes, la mayoría andaluzas. Dice que primero eran forasteras, pero que luego ya no debido a la gran cantidad de personas de otras localidades que llegaron al pueblo en esos años.

Se casó con 22 años. Nos cuenta que eran habituales los matrimonios a edades tempranas, sobre todo por costumbre. “No era frecuente encontrar una mujer o un hombre soltero a los treinta y pocos”, asegura. María también nos cuenta que las mujeres en esa época no se separaban porque no podían tener nada y los trabajos que desarrollaban no les permitían conseguir cierta independencia. Además, cuando acudían a sus madres o padres, éstos les decían “hija, aguanta que es tu marido”, expresión que dejaba clara la idea de soportar y callarlo todo.

Aunque María sigue manteniendo sus raíces y el contacto con su familia cordobesa, nos confiesa que “todos los emigrantes hemos perdido cosas”. Cuenta que, una vez fueron muriendo las personas mayores, ella dejaba de encontrar en su pueblo natal esa conexión que sí que tenía antes. “A mí ya no me conoce nadie, ni siquiera mis primos. Los Oña pasan por mi lado y no me reconocen”, dice con cierta nostalgia. “La gente pierde mucho, aunque creas que no, todo el mundo pierde”, asevera. También nos cuenta que, por otro lado, al emigrar también se gana una vida con más oportunidades, amigas y amigos nuevos y poder crear una familia.



Nicolasa Madrigal Lozano

Edad: 102 años. Llegó a Quart de Poblet en 1964 de Tébar, Cuenca.

Nicolasa nació el 22 de marzo de 1920 en Tébar, una localidad de Cuenca. Era la cuarta hija de Gregoria y Casto, un matrimonio con seis hijas e hijos. Su padre murió cuando ella tenía 3 años, motivo por el cual Nicolasa tuvo que trabajar desde los 5 añitos en Tébar y otros pueblos cercanos sirviendo en distintas casas, casi siempre interna, hasta que se casó y, a pesar de la cantidad de años que trabajó en este tipo de empleo, nunca le dieron de alta por lo que no cotizó en ningún momento. Tampoco pudo ir a la escuela, pero una hermana suya que era amiga de la maestra le enseñó a juntar las letras y poco a poco ella sola aprendió a leer.

En el campo, muchas de las veces el jornal del padre o de ambos progenitores era insuficiente para mantener a la familia, por lo que dentro del trabajo agrícola no era raro encontrar a niños trabajando para ayudar a la supervivencia del núcleo familiar. Las niñas, sin embargo, entraban a servir en casas, internas o no, con la misma función, es decir, ayudar al sustento y dejar de ser una carga para convertirse en un apoyo.

Nicolasa se casó a los 26 años, en 1946. Su marido Ángel era mayoral de ganado y tuvo que vender sus ovejas para poder reunir el dinero y venir a Valencia. Una vez Nicolasa se casó dejó de trabajar porque "así se hacía". De este modo nos confirma, una vez más, que las mujeres una vez casadas debían ocuparse de su casa y de sus criaturas. Un año después, en 1947, nació su primer hijo. Tuvo un total de cuatro chicos y nos confiesa



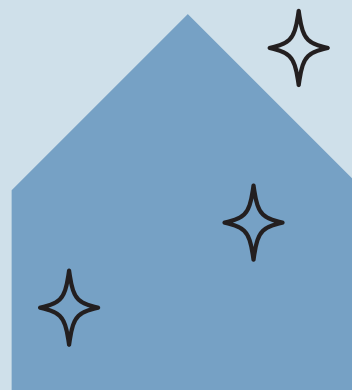
Retrato de Nicolasa a los 21 años.

que le faltó tener una chica, “aunque estoy muy contenta de tener las nueras que tengo”. Nicolasa es de lejos nuestra protagonista de más edad. Sus recuerdos parecen intactos y nos cuenta lo ahorradora que era y que, sin saber sumar y sin que su marido se enterara, iba haciendo huchas de ahorros con la venta de su casa del pueblo y de las tierras de sus abuelas y abuelos.

Al igual que muchas de las entrevistadas, sostiene que los hombres eran los que traían el dinero a casa, pero que eran las mujeres quienes gestionaban hasta la última peseta. Por ello, a pesar de vivir ya en Quart de Poblet, se negó a vender la casa de Tébar que habían comprado al casarse, así como unas tierras de olivos que pertenecieron a sus abuelos y abuelas. Sin embargo, en un viaje que hizo su marido al pueblo a visitar a su padre enfermo vendió la casa de ambos sin consultarlo, aún sabiendo que ella no quería. Al regresar a Valencia le entregó el dinero, como si hubiera sido otro jornal más, para los gastos de la casa, la alimentación y los niños. Posiblemente la escritura de la casa no estaría a nombre de los dos, sin embargo, años después, ella quiso comprar una pequeña casa en Alcalá del Júcar y, aún teniendo el dinero ahorrado, nos cuenta en la entrevista que “tenía que consultar a mi hombre” y nos añade que él nunca ayudó en casa en las tareas del hogar, ni tampoco en la crianza de los hijos, “aunque nunca fue al bar”, nos aclara.

Nicolasa nos cuenta que eligió Quart de Poblet porque ya vivía aquí su hermana Consuelo. Cuando llegaron, su hijo mayor tenía 17 años y la familia estrenó un piso, en la calle 18 de julio, un cuarto sin ascensor frente a la “finca roja”. En palabras de ella, “quería darle un futuro a mis hijos”. Tébar solo ofrecía campo y ganado y no había trabajo para las mujeres, así que le dijo a su marido que se marchaban. También emigró a Quart de Poblet su hermana Ofelia con su familia y otro hermano, Alejandro, que se instaló en Valencia.

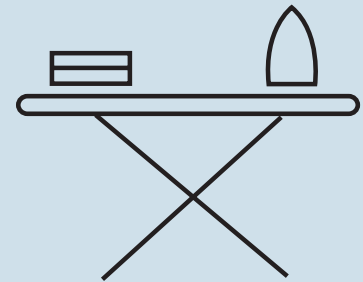
Una vez en Quart de Poblet, su marido y sus dos hijos mayores consiguieron trabajo enseguida como albañiles. Había mucha demanda de personal para construir casas, todo un *boom* urbanístico necesario para acoger a tanta gente de otras provincias de España. Por el contrario, ella no abandonó el espacio privado donde cuidaba de los dos más pequeños, del hogar y de los quehaceres diarios. Mantuvo en su casa las tradiciones culinarias, como potajes, morteruelo, gachas y gazpachos manchegos, y aprendió algunos platos valencianos como la paella y la fideuà.



Su padre murió cuando ella tenía 3 años, motivo por el cual Nicolasa tuvo que trabajar desde los 5 añitos en Tébar y otros pueblos cercanos sirviendo en distintas casas, casi siempre interna, hasta que se casó.

Nicolasa nos habla muy bien de sus vecinas de la finca y del barrio, pero no parece haber creado vínculos fuertes con gente de Quart de Poblet, más bien se relacionaba con personas que, como ella, llegaron en las décadas del éxodo rural. Una conexión unía a estas mujeres y hombres, convirtiéndolas casi en familia. Esta empatía es fácil de entender porque todas tenían en común haber dejado sus familias, sus hogares y pueblos de origen, y la nostalgia era un sentimiento que todas ellas compartían. Las amistades que se forjaron en el pueblo entre las personas llegadas de otras provincias de España fueron importantes y duraderas.

Recuerda con cariño a la señora Amparo, la dueña de la panadería que había al lado del Bar Gijón. También había otra señora que tenía una tienda que siempre le decía que si necesitaba cualquier cosa que acudiera a ella. Sobre las cuentas en las tiendas, nos cuenta Nicolasa que lo habitual era comprar en los comercios del pueblo donde apuntaban los gastos y que éstos se dejaban a deber a expensas de abonar la cuenta total o parcial cuando el marido cobrara. Sin embargo, Nicolasa refiere no haber usado esta práctica porque prefería comprar y pagar sin dejar nada a deber.



En cuanto al ocio, como casi todas las mujeres de su época casadas y con hijas e hijos, no tenía mucho tiempo para disfrutarlo, al menos, mientras las criaturas fueran pequeñas. Nicolasa nos cuenta que de vez en cuando la familia al completo sí que iba al Cine Nilo, pero cuando crecieron y empezaron a ir con sus amigas y amigos, ella dejó de ir.

En Quart de Poblet no estuvo empleada, pero, como la mayoría de mujeres de su época, sabía coser y bordar. Se hacía casi toda la ropa de vestir y de casa comprando telas y retales. Nos cuenta, riendo al recordarlo, que uno de los regalos que le hicieron al casarse fueron dos gallinas. Una de ellas la vendió para comprar pana y poder hacer así un pantalón para Ángel, pero no tuvo en cuenta la dirección de la pana y el color de la tela y cuando lo terminó se dio cuenta de que un lado era más oscuro que el otro. Ríe al recordarlo, pero afirma que, pese a ello, y como no tenían mucha ropa, el marido lo usó durante mucho tiempo. Después de esto prefirió conservar la otra gallina, “que al menos daba huevos”.

Se volvió a mudar de casa años después, a un primer piso a unas cuantas calles de donde vivía. Nos cuenta que durante el confinamiento sus hijos se turnaron por la noche para asegurarse de que estuviera bien y, para seguir activa, estuvo cosiendo mascarillas para toda la familia. Allí sigue viviendo nuestra vecina más mayor de Quart de Poblet.



Enriqueta Veliz Martínez

Edad: 64 años. Llegó a Quart de Poblet en 1964 de El Provencio, Cuenca.

Enriqueta llegó a Quart de Poblet en 1964 con tan solo 6 años de edad. Sus padres, Josefa y Quico, una vez casados se fueron a vivir a la casa de los padres de él, y tras dar a luz a su primer hijo montaron en la parte baja de la casa materna una fragua, gracias al dinero que les prestó Pepe, el tío materno. Su padre, siendo hijo de herrero, aprendió pronto a manipular este material, pero lo novedoso fue que su madre Josefa también se uniera en el taller como ayudante. Enriqueta dice orgullosa: “De las mujeres trabajadoras que hayan habido en la vida, mi madre fue una de ellas”, refiriéndose al valor que tuvo al ponerse a trabajar en el taller, acontecimiento que declara excepcional en aquel momento y en aquellos pueblos. “Fue una mujer herrera, una pionera en aquella época”, recalca.

El negocio duró muchos años y podría haber prosperado con éxito ya que había demanda de mucha herramienta para el campo, pero la pobreza del lugar no lo permitió. La gente dejaba a deber asegurando que pagarían con la recogida del trigo, de la uva, de los cereales y de otras cosechas y, aunque pagaban, Josefa y Quico tenían que abonar previamente el material para llevar a cabo los trabajos, y cuyas deudas complicaron el mantenimiento del negocio.

Una mañana apareció en la fragua el hombre que asesinó, muchos años atrás, en plena Guerra Civil, a Zacarías, un hermano de Josefa. Ella cogió un atizador y le dijo: “Vete de aquí, asesino, o yo misma te mato”, nos cuenta emocionada Enriqueta. Por lo visto este hombre acusó a Zacarías de haber robado la campana de la iglesia del pueblo, acusación falsa



Enriqueta en una fiesta de disfraces en la Nochevieja de 1980.

porque nos remarca Enriqueta que su tío era un buen hombre y nunca robó nada. No fue un crimen político, puesto que él era jornalero, y la familia quedó destrozada. La mujer de Zacarías enviudó con un bebé que había nacido pocos meses antes, nos relata Enriqueta.

Como en la mayoría de familias, el padre de Enriqueta entregaba el sueldo en casa y era Josefa, su mujer, la que gestionaba su uso. “Mi madre era la que organizaba lo que se podía gastar y lo que no se podía gastar. Mi padre, por el contrario, nunca se ocupó de ese asunto”, asevera.

Estas madres habían sido educadas para ser auténticas guardianas del hogar. Los hombres ya estaban ocupados en sus respectivos trabajos, así que a las mujeres se les adjudicó el rol de gobernar las casas, lo que incluía distribuir el dinero del jornal entre todas las necesidades familiares, dejando una parte, cuando era posible, para gastos extras como dotes o ajuar.

También nos cuenta que “él era el que se sentaba en la mesa y había que ponerle todo, a él y a mis hermanos”. Dice que ninguno participaba en el ámbito doméstico en cuanto a quehaceres o crianza. “La culpa la tenía mi madre, ella lo fomentó”, nos cuenta Enriqueta, pero ella sabe perfectamente que la culpa no la tenía su madre. Asiente cuando hablamos de que realmente tampoco la tuvo su padre, porque no es que los hombres fueran machistas, era la sociedad la que era machista y educaba a hombres y mujeres de manera distinta, asignando estereotipos y roles de género a través de una socialización diferenciada.

“De las mujeres trabajadoras que hayan habido en la vida, mi madre fue una de ellas”, refiriéndose al valor que tuvo al ponerse a trabajar en el taller, acontecimiento que declara excepcional en aquel momento y en aquellos pueblos. “Fue una mujer herrera, una pionera en aquella época”, recalca.

Fue una hermana de su padre, que años atrás había venido a Valencia, la que les dijo a la pareja: “Quico, con las manos que tú tienes, en cualquier taller tendrías trabajo”. Y así es como dejó el pueblo para trasladarse a Valencia él solo y poco después lo haría Josefa con sus cuatro hijos y su madre, enferma de lo que ahora posiblemente sería Alzheimer. Pronto surgiría una oportunidad laboral para Quico en Quart de Poblet, concretamente trabajar como herrero en una fragua ubicada en la planta baja de una casa, donde le ofrecieron el piso de arriba gratis como vivienda. Por aquel entonces, Josefa ya no trabajaba de herrera, por tener que hacerse cargo del hogar, de la crianza y de su madre enferma.

Asegura que en Quart de Poblet les acogieron “con mucho cariño”. Dice que la mayoría del vecindario hablaba valenciano, pero que, sin embargo, ellos jamás sintieron rechazo por venir de otro lugar. Al vivir en la zona más antigua del pueblo, la mayoría de sus vecinas y vecinos eran quarteños, algo inusual en ese momento, ya que la mayoría de personas que llegaban al municipio se fueron alojando siguiendo un patrón de procedencia y de cronología, lo que provocó calles o zonas enteras habitadas por hombres y mujeres de las mismas provincias de origen.

Pero la familia sufrió un revés. Con tan solo 40 años, al padre le dio un infarto y le dieron la invalidez, lo que le impidió que volviera a trabajar. Josefina no quería seguir viviendo gratuitamente en la vivienda de la fragua si su marido ya no iba a trabajar en ella, y aunque el dueño jamás hizo mención de tirarlos a la calle, decidieron marcharse. Se fueron a Francia a vendimiar y, con el dinero que allí

ganaron, abrieron a su vuelta una pequeña tienda en la zona de la Cebollera y compraron un piso en la calle Jesús Morante Borrás. Las cosas les fueron bien y la tienda pronto se quedó pequeña, lo que les motivó a abrir otra más grande en la calle San Lorenzo.

Enriqueta, con 14 años, en lugar de trabajar en la tienda prefirió hacerlo en una fábrica de tripas de Valencia donde lo hacía su cuñada. Allí estuvo poco tiempo, pero dejó ese puesto un sábado y el lunes ya estaba trabajando en una fábrica de cerámica de Manises llamada Sami, donde estuvo hasta que se casó y se quedó embarazada, momento en el que decidió dejar el empleo, ya que no tenían a nadie que les ayudara con el bebé. Nos cuenta que su jefe le ofreció un buen dinero al irse, seguramente sería la prima y el finiquito. Nos narra también que, en el periodo de prueba, se trabajaba sin contrato, pero que después sí que le dieron de alta. Ella y sus compañeras eran conscientes de que los salarios de hombres y mujeres no eran iguales, es decir, que sabían que ellos cobraban más que ellas haciendo las mismas horas y el mismo trabajo, pero ni siquiera se lo planteaban puesto que “era una cosa asumida”. “Lo aceptamos desde el principio, no solamente en mi fábrica, sino que era a nivel de España, en todos los sitios”, afirma con cierta resignación. Refiere que incluso se prohibía, o no estaba bien visto, que las mujeres hicieran horas extras, porque eso “solo correspondía a los hombres”. A través de estas horas extras los salarios de ellos aumentaban, pero a ellas, aunque hubiese mucha faena, solo les dejaban hacer sus ocho horas detrabajo al día.

A pesar del poco tiempo que estuvo viviendo en su pueblo de origen, la familia mantuvo un estrecho contacto con sus familiares de El Provencio, a los que solían visitar siempre que podían, especialmente ella y su hermana. Ese contacto continuo consiguió que conservaran las costumbres y tradiciones manchegas. Además, cerca de donde vivían aquí había otra familia de su mismo pueblo lo que hizo evitar el desarraigo. “Era una familia estupenda,



Enriqueta con 10 años junto a su familia de Madrid en las Cuevas de San José en La Vall d'Uixó.

maravillosa, tenían dos hijos de la edad de mis hermanos”, recuerda. Al vivir en el casco antiguo, todos los vecinos y vecinas de su calle se reunían y preparaban durante meses el diseño que iba a tener la calle, pintaban en el suelo motivos florales, sacaban macetas de todas las casas, etc., y todas estas tareas hacía que se establecieran lazos de amistad durante todo el tiempo que duraban los preparativos.

Volviendo a su pueblo de origen, nos cuenta Enriqueta que siempre ha sentido sus raíces de manera profunda y que, debido a esa conexión que mantuvo con los años, se apuntó al Centro Cultural Castilla-La Mancha, donde ahora ocupa el cargo de presidenta. Nos cuenta cómo intentan mantener las costumbres castellano-manchegas y que por eso hacen una teatralización de cómo eran las matanzas hace algunas décadas. También hacen una ofrenda de flores vistiendo con el traje tradicional de su tierra, y programan actividades muy variadas durante la semana cultural. Y aunque todavía se apunta gente a la asociación, piensa que es difícil mantenerla viva puesto que las generaciones siguientes ya han nacido aquí.



Carmen Ruiz López

Edad: 64 años. Llegó a Quart de Poblet en 1964 de Vilches, Jaén.

Carmen Ruiz López llegó a Quart de Poblet con tan solo 6 años de edad. Su padre se llamaba Luis y su madre Carmen, ambos también de Vilches, provincia de Jaén. Tuvieron cuatro chicos y tres chicas, con una diferencia de edad importante entre los cuatro primeros y el resto. Carmen nos cuenta: “Mi padre hacía de todo, como todo el mundo en aquella época. Iba a los cortijos a trabajar, y como allí había faena para sus hijos, se llevaba a los tres chicos con él, dejando a la mayor con su madre para ocuparse de la casa y del pequeño huerto que teníamos”.

Aunque no les faltaba trabajo en Vilches, decidieron venirse a Valencia porque los hermanos mayores querían prosperar. Un hermano estuvo empleado en el Barranquet y el otro en la fábrica Turégano, en la actual plaza San Rafael. Ambos fueron cambiando de empleo, y así su padre comenzó primero en la construcción y de ahí a Fervasa, donde se jubiló. Carmen también destaca que uno de los hermanos acabó abriendo una tienda-taller de cortinas en la avenida San Onofre.

La familia se instaló en una planta baja que compraron en la calle Rodezno, actual Trece Rosas, calle que en aquel momento estaba alejada del núcleo urbano y rodeada de campo y de la acequia. En esa zona se estaba construyendo mucho para poder ubicar a toda la cantidad de personas que estaban llegando. Tras vivir casi diez años allí, se mudaron a la zona del Colegio San Enrique.



Carmen con sus compañeras de 4º curso en la puerta del Colegio Sagrado Corazón.

Recuerda una infancia muy feliz, jugando en la calle, aprendiendo a montar en bici, y donde siempre hubo un trato maravilloso con vecinas y vecinos, muchos de los cuales eran de Cuenca y Andalucía.

A los 14 años, Carmen se puso a trabajar en una pequeña tienda de barrio. Luego en Galerías Martín y más tarde en Nuevo Centro. Nos cuenta que tenía muy claro lo que quería hacer: prefirió acomodar su casa primero, comprarse un coche y posicionarse bien en su trabajo. De manera que hasta los 30 años no se planteó tener familia. “En aquella época estar ocho años casada sin tener familia era un poco raro”, nos dice Carmen refiriéndose a que eso no estaba bien visto por la sociedad de entonces. En Nuevo Centro tenía un buen empleo, pero tuvo que dejarlo cuando fue madre, ya que el horario era incompatible con la nueva vida familiar. Por aquel entonces ya no contaba con la ayuda de sus padres para cuidar de sus tres hijas, y su marido, como era camionero, casi no estaba en casa.

Carmen nos cuenta que antes de casarse entregaba en casa su sueldo. Solo en el caso de las chicas, las madres separaban un parte de este dinero para ir comprando poco a poco el ajuar, es decir, utensilios de cocina, mantelería, cortinas, muebles, menaje de hogar, etc. En otros casos, la madre simplemente guardaba esa parte del dinero para entregárselo a sus hijas cuando fueran a casarse. Se hacía un “*apartao*”, como nos dice Carmen, con ese propósito. Nos cuenta que a ella le compraron la salita, las lámparas y los electrodomésticos.

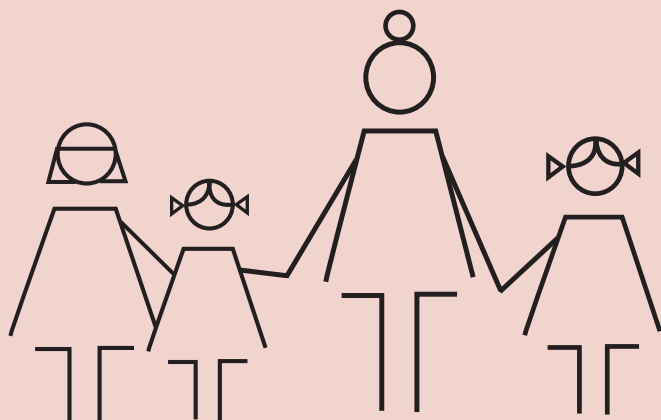


Carmen con Amparo, María y Chelo en la churrería de la avenida San Onofre en 1971.

Recuerda muy bien que en casa las normas eran muy distintas para los chicos que para las chicas. Su madre la obligaba a hacer las tareas domésticas, mientras su padre y sus hermanos se libraban de ellas porque, además, recuerda que siempre estaban trabajando. El alargamiento de la jornada laboral muchas veces llegaba hasta límites físicos, aun así muchas veces eran necesarios varios jornales para cubrir el presupuesto familiar.

Carmen también nos cuenta que esta división de roles de género se relajó con los años y con los últimos cambios sociales. Recuerda que su madre y su padre ya no fueron tan estrictos con los dos hermanos que siguieron a Carmen y mucho menos con las nietas y nietos. Su marido, en cambio, venía de una familia de nueve hermanos donde su madre y sus cinco hermanas se ocupaban de todo. “Él tiraba una toalla al suelo y venía una de sus hermanas y se la recogía”, nos cuenta. Por eso, una vez casados, tuvo que empezar a colaborar en la casa.

Prefirió acomodar su casa primero, comprarse un coche y posicionarse bien en su trabajo. De manera que hasta los 30 años no se planteó tener familia. “En aquella época estar ocho años casada sin tener familia era un poco raro”, nos dice Carmen.



Y esto mismo se lo enseñó a sus hijas para poder romper con la socialización diferenciada y los roles de género y así educar a las nuevas generaciones de una forma distinta. De este modo, con la conquista de la democracia, se produjeron importantes avances en la educación. Sobre todo la clave fue la progresiva incorporación de la mujer al empleo y a la acción política, a la vez que se fueron eliminando poco a poco varios de los impedimentos legales.

También las demostraciones de afecto y amor se manifestaban de una forma distinta a la de ahora, nos cuenta. La falta de cariño se entendía como respeto y por ello expresar lo que se sentía no se hacía con palabras. “Mi hermano mayor Pepe lloró cuando una de mis hijas le dijo un día que le quería”, recuerda Carmen, y es que antes eso no era lo habitual.

La casa que su madre heredó en Vilches la alquilaron durante un tiempo. Después la mantuvieron y la familia fue yendo y viniendo durante los veranos y las fiestas del pueblo. Su último viaje fue hace tres años, pero el fallecimiento de su hermano Pepe y su cuñada Herminia hace unos pocos años hizo que dejaran de ir. “Ya no nos apetece”, cuenta, al fin y al cabo, “ahora muchos han faltado y ya no es como antes, cuando te juntabas con todos los primos”. Por eso, cuando sus hijas aún eran muy pequeñas, se compró una casa en Villalpardo, en Cuenca, y poco a poco y con los años se hizo al sitio y a su gente y ahora también lo considera su pueblo. De hecho, su hija Sara se ha casado con un chico de ese municipio y ha formado una familia allí.

Al poco tiempo de fundarse el Centro Cultural Andalucía, Carmen se apuntó. Era una manera de mantener vivas las tradiciones y las raíces. Tanto ella como su marido son de Jaén, al igual que los maridos de dos de sus hijas. “Casualidades”, dice. “Mis hijas conocieron a sus parejas en el centro. Los padres eran también de Andalucía y ellos ya son nacidos aquí”, nos aclara. A pesar de los años, las raíces se mantienen vivas y sus hijas desde niñas bailan en el Cuadro Sabor Andaluz. Ahora ellas siguen inculcando estas tradiciones a sus descendientes, como es el caso de la pequeña Triana, que con tan solo 6 años ya baila en el Cuadro Infantil.



Isabel Sánchez Río

Edad: 75 años. Llegó a Quart de Poblet en 1965 de Cabra del Santo Cristo, Jaén.

Isabel nació con una discapacidad que no le permitía caminar con normalidad, aunque sus padres jamás la hicieron sentir inferior y siempre encontró en ellos fortaleza y apoyo, cosa que no pudo decir lo mismo de otras personas. En su pueblo natal, Cabra del Santo Cristo, en Jaén, como la mayoría de lugares rurales y no rurales de aquel momento, no supieron normalizar su situación. Por ese motivo, ella no guarda recuerdos agradables de aquellos años. Al entrevistarla solo pide una cosa, que quede reflejada la vida tan dura que viven las personas que como ella nacieron con alguna discapacidad porque “no fue una vida fácil”, asegura.

Isabel había sido la tercera hija del matrimonio Sánchez Río y la única que sobreviviría porque antes que ella, sus dos hermanos, una niña y un niño, fallecieron a los pocos meses de nacer. Isabel tuvo que ser, sin lugar a duda, una alegría para sus padres. Se crió desde bien niña en el Cortijo de Aguablanca, donde su padre Francisco era el encargado del lugar y su madre, Ana, se ocupaba de la cocina. En aquellos años, donde cualquier discapacidad se ocultaba o rechazaba, los pocos recursos o aparatos que pudieran facilitar y aliviar sus vidas, o no existían, o no estaban al alcance de todas las personas. En el caso de Isabel, algo tan sencillo ahora como una silla de ruedas o unas muletas hubiera evitado que, desde niña, se arrastrara por el suelo para poder desplazarse de un sitio a otro.



Isabel con sus padres en una plaza de su pueblo.

No tiene malos recuerdos de su tiempo en el cortijo, aunque no entabló relación con otras niñas. Dice que estuvo siempre con su madre, ayudándola, y que no pudo ir a la escuela. Sin embargo, a la edad de 10 años, cuando dejaron el cortijo y se fueron al pueblo porque su padre encontró un nuevo trabajo, Isabel comenzó a acudir al colegio, pero no durante mucho tiempo, dado que se convirtió en la burla de todos sus compañeros y compañeras, incluida alguna maestra. En más de una ocasión, a la hora del recreo, todos salían fuera y la profesora dejaba a Isabel encerrada en el aula para que no saliera con el resto. A pesar de esto, Isabel nos dice orgullosa: “Yo nací con esta minusvalía, pero yo lo he hecho todo”. Ella misma decidió hacer ejercicios en casa para poder tener algo de movilidad y, siendo un poco más mayor, llegó a andar con muletas. “Yo soy una persona súper fuerte”, asegura, y damos fe de ello al conocer su historia.

Dejó la escuela con 12 años, pero aquello no la frenó ni a ella ni a sus padres, y por eso Francisco dedicó un tiempo para poder enseñarle en casa todo lo que se había perdido en el colegio. Él había tenido que aprender, por eso había sido encargado y manejaba la contabilidad del cortijo, aunque cuando le llegó el momento de jubilarse se encontró que jamás le dieron de alta durante todos esos años de trabajo, ni a él ni a su mujer.

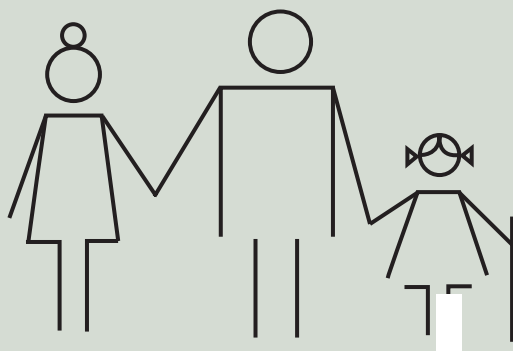
Isabel desde pequeña siempre quiso dedicarse a coser. Su madre le buscó una modista que le enseñara, Paquita, con quien estuvo siete años. Después realizó por correspondencia un curso de Corte y Confección. La academia, ubicada en San Sebastián, le enviaba por correspondencia los temas y los ejercicios y ella los mandaba por correo una vez resueltos. Así se sacó veinticuatro lecciones en un año y con 18 años consiguió su merecido título. Asegura que cuando el cartero apareció con un sobre se enteró toda la calle. “¡Tengo un título, tengo un título!”, estuvo gritando emocionada desde la puerta de su casa.

Isabel y sus padres se mudaron a tierras valencianas en 1965 debido a que en el pueblo dejó de haber trabajo para su padre. Un tío suyo que ya vivía en Quart de Poblet le consiguió un empleo como vigilante nocturno en la construcción de la fábrica de madera Fonsa, que estaban levantando en el Barrio del Cristo. Primero vivieron de alquiler y luego compraron un piso en Manises. Cuando la fábrica se construyó, pasó a ser el portero y allí se jubiló prematuramente por Alzheimer, aunque también padeció varias enfermedades después. Fueron años muy duros, con una pensión pequeña y muchos problemas de salud.

Isabel comenzó cosiendo para las vecinas. Su tía materna, Sebastiana, la que ya vivía aquí, comenzó a correr la voz entre algunas mujeres de la zona y el boca a boca hizo el resto, llegando a oído de las mujeres que trabajaban en las fábricas. Las manos delicadas de Isabel, y una verdadera pasión por la costura, le llevaron a coser para una multitud de personas. Las obreras le encargaban todo tipo de prendas: faldas, vestidos, chaquetas..., tanto ropa adulta como ropa infantil.

Llegó un momento en que tenía tanta faena que no podía con todo el trabajo. Por eso, su madre comenzó a ayudarla y terminó buscando una mujer para que la ayudara también. Isabel no se dio de alta nunca por lo que no regularizó su trabajo. Nos cuenta que le llegaron a pagar 100 pesetas por vestido cosido y gracias a su trabajo pudo comprar una planta baja más accesible en la misma calle de sus padres en Manises.

Aquí también pudo comprar una silla de ruedas y eso le dio más libertad, aunque tampoco solía ir al cine o a pasear. “Yo no tenía amigas, yo vivía para la costura”, afirma. El trabajo siempre fue lo primero para ella, puesto que con ello se evadía del mundo y además mantenía la economía familiar. “Yo he tenido la desgracia de que la gente no quería estar



conmigo”, sostiene, a pesar de ser una mujer habladora y muy simpática. “Hoy en día es diferente”, asegura, después de poder comparar ambos momentos. Termina diciendo: “Pero yo era feliz porque hacía lo que más me gustaba que era coser y estar con mi familia”.

Casi al final de la entrevista nos relata un recuerdo imborrable. Un día, teniendo 12 años y viviendo todavía en Jaén, su padre cargó con ella y la sentó en un rulo que muele la aceituna y le dijo: “Tengo que hablar contigo, estoy orgulloso porque estás aprendiendo y veo que lo estás haciendo bien, pero tú tienes que aprender a trabajar, porque hoy en día tú no te vas a casar. Hoy en día, las mujeres no tienen otro futuro que el marido y si no se casan, no tienen a nadie. ¿Y con qué comen? Entonces, como tú no te vas a casar, tienes que trabajar de lo tuyo, tienes que trabajar para poder comer. ¿Tú me entiendes?” A lo que ella le respondió: “Sí, que yo tengo que ganar dinero para comer”.

Aunque Isabel no entendió en ese momento del todo a su padre, había estado atenta. Sus palabras quedaron grabadas hasta que se hizo más mayor y las comprendió. “¡Cuánto me acuerdo de aquel momento!”, nos cuenta. La sociedad que ella conoció había decidido que era el hombre quien debía mantener a la mujer y que ella se encontraba con que eso no iba a ser posible, debido a su discapacidad, y que, como consecuencia, tendría que luchar para sobrevivir.

Su padre la sentó en un rulo que muele la aceituna y le dijo: “Estoy orgulloso de ti, pero tienes que aprender a trabajar porque no te vas a casar. Las mujeres no tienen otro futuro que el marido y, como tú no te vas a casar, tienes que trabajar para poder comer. ¿Tú me entiendes?”.

“Mi vida tiene dos caras, una muy triste y otra, por mis padres, muy alegre”, nos dice. Sus padres la quisieron y la cuidaron tanto como pudieron, y ella de esto siempre fue consciente. “Ha sido una minusvalía muy dolorosa de parte de la gente”, confiesa. Recuerda algunos momentos donde la gente no se portó bien con ella y, a pesar de eso, su padre le decía: “Hija, un mal con un bien se paga”.

Volvieron en contadas ocasiones al pueblo porque la situación económica no lo permitió, además de que a Isabel ya no le quedaba nada allí por lo que mantener el contacto o el vínculo. En Valencia había encontrado su nuevo hogar. El único familiar que vive y que además ha estado pendiente de ella fue su prima Cati, que vive en Barcelona. Cuando Isabel tuvo que operarse de un pie lo hizo allí para que su prima pudiera cuidar de ella. La familia materna que también emigró a Quart de Poblet antes que ella casi toda está muerta, a excepción de dos primas que viven en Manises.



M^a Antonia Julve Layunta (1931-2020)

Llegó a Quart de Poblet en 1932 de Calamocha, Teruel.

Rosario y Yolanda son las hijas de M^a Antonia. Ambas nos relatan la vida de su madre y, aunque se trasladaron a vivir a Quart de Poblet desde Calamocha en el año 1965, su historia familiar ya las había unido a nuestro municipio algunos años antes porque Mariano, el abuelo materno, era guardia civil y, tras vivir en varios cuarteles de la geografía española, en 1932 lo destinaron al cuartel de Quart de Poblet, que en ese momento estaba al lado del ayuntamiento. Éste fue su último destino, ya que tras una reestructuración desde el Gobierno, despidieron a muchos de los últimos que se habían incorporado al cuerpo. Aun así, Mariano y su familia decidieron quedarse en Quart de Poblet. Esta pareja tuvo cuatro hijos, tres chicos y una chica. Su madre, M^a Antonia, la pequeña y la protagonista de esta historia, en uno de esos veranos se echó novio en Calamocha.

Con ese mismo novio, Ladislao, se casó M^a Antonia años después, de negro y en Teruel, trasladándose a Luco de Jiloca a vivir con su esposo. Allí, los padres de él tenían un molino y Ladislao se convirtió en molinero y granjero. M^a Antonia le ayudaba en la granja, vendiendo huevos y ocupándose de los animales, aunque ella ya había trabajado antes de casarse en una fábrica de turrónes cuando tenía 18 ó 20 años y todavía vivía en Quart de Poblet. Ambas hermanas relatan que su abuelo no dejó que su mujer y su única hija trabajaran, aunque parece ser que se debió más a la idea de mantener un estatus social que a la de que una mujer no pudiera trabajar. Porque en cambio refieren también que su abuelo se ocupaba muchas veces de las tareas de la casa, algo inusual en ese tiempo. “El hombre limpiaba y cocinaba, al igual que los hijos, una educación que aprendieron al verlo a él”, afirman.



Retrato de M^a Antonia a los 20 años.

El hermano mayor de M^a Antonia murió de pulmonía a los 24 años. Era uno de los pocos que tenía una máquina de escribir en casa, máquina con la que aprendió a escribir siendo niño el que fuera alcalde de Quart de Poblet, años después, Ramón Segarra. El siguiente hermano se trasladó a Francia con su mujer en 1966, donde ya se afincó, y solo el pequeño de los tres hermanos, Manín (que años más tarde se convertiría en masajista del U.D.Quart), y M^a Antonia se quedaron a vivir en Quart de Poblet junto a sus padres ya mayores. Siempre se ha mantenido el vínculo Calamocha-Quart, aunque ninguno nació aquí. Manín se casó con una chica de Calamocha y montaron un bar en Quart después del éxodo rural. Pero no solo vino de vuelta él, sino que otros familiares de sus abuelos maternos también se trasladaron a Quart de Poblet durante los años sesenta sabiendo que aquí había futuro para ellos. Fueron sus primos Antonio y Ángel los propietarios del primer Bar Los Maños en la avenida San Onofre, el primer local que ofreció mesas en esta avenida, abriendo así camino a los futuros bares y restaurantes que hoy en día podemos encontrar en esta zona.

M^a Antonia, cuando estaba embarazada, se mudó de Luco de Jiloca a Calamocha con su marido, donde nació Rosario, una de nuestras entrevistadas. Allí Ladislao consiguió trabajo en un banco a pesar de no poseer ningún tipo de titulación superior. La familia tenía sus necesidades bien cubiertas por lo que la madre dejó de trabajar en la granja, pero la situación se complica cuando el padre pierde el trabajo en el banco y por eso la pareja decide montar una pequeña tienda, un pequeño ultramarinos.

Por aquel entonces contaban con bastante familia en el pueblo de origen. Su madre, por tradición familiar, quiso que sus tres hijos nacieran allí, en casa y con la ayuda de una comadrona, Celia Sánchez, que era amiga de la familia. Habían estado yendo y viniendo, dado que los padres de M^a Antonia continuaban viviendo en Quart de Poblet, y en esas idas y venidas llegó Rosario con 8 años a este municipio junto a su hermano, Ladislao. Hasta 1969 no nació Yolanda, nuestra otra entrevistada, que nacería igualmente en Calamocha para seguir la tradición. Y entre una y otra nació su hijo Ladislao.

El proyecto de la tienda no prosperó y decidieron volver a Quart de Poblet definitivamente allá por el año 1965. Ladislao consiguió entrar en una empresa de envases metálicos como encargado del almacén



Antonia y Ladislao en 1952.

En mayo de 2020, en aquellos días en los que toda España sufría un confinamiento por la pandemia, el terrible Covid se llevó a M^a Antonia.

De manera general, los trabajos desempeñados por las mujeres, tanto en el espacio público de las fábricas y talleres como en el espacio privado de los hogares, se entendían como una ayuda que complementaba el sueldo del cabeza de familia, el hombre, ya fuera el padre o el marido. Por otro lado, este tipo de trabajo, como era el de la costura, llevado a cabo en el ámbito doméstico, condenó al trabajo femenino a la invisibilidad, a la ilegalidad y por tanto a los empleos precarios y sin regularizar. Esta situación de irregularidad de muchas mujeres provocó que la mayoría de los salarios fueran en negro y no contaran con un mínimo de garantías legales y derechos, de manera que en algunas ocasiones se les exigía trabajar más horas de las reglamentadas o carecían del descanso necesario. Lo peor de todo fue que, al tratarse de un trabajo no regulado, todas estas mujeres no cotizaron y, como consecuencia, no tuvieron una pensión de jubilación.

de repuestos donde mucho después se jubilaría. Mª Antonia, antes de casarse, había aprendido a coser en una escuela de confección, muy frecuente en aquella época, en una calle muy próxima al actual Casino. Cosía muy bien y por eso años más tarde encontraría trabajo en un taller llamado Confecciones Ketina, en Valencia. Allí le daban fajos de ropa, sobre todo vestidos de niñas para llevar a casa y coser. Como ella, iban otras muchas mujeres. En su caso, cosía bordados y prendas más delicadas. Cogía material para toda la semana y le pagaban cuando lo entregaba. Cobraba por vestido hecho y, como dice Rosario, “eso ayudaba a la familia”, pero en ningún momento se regularizó este trabajo que realizó durante casi catorce años.

Su relación con las vecinas y vecinos de Quart de Poblet siempre fue muy buena. A pesar de mencionar siempre Calamocha, aseguran que mucha gente creía que la familia era originaria de Quart de Poblet debido a los muchos años de historia que los unía a esta localidad. De hecho, su madre era conocida por el mote *Mari, la civilera* por ser hija de guardia civil.

Con el paso del tiempo los tres hijos de Mª Antonia y Ladislao dejaron la casa familiar para fundar sus propias familias. Rosario conocería a un chico de la provincia de Zaragoza en una de las verbenas de verano de Calamocha, con el cual se casaría finalmente allí, pero con el que se vino a vivir a Quart de Poblet. Ladislao se enamoró de una chica de aquí y se marchó a vivir a Valencia. Yolanda, por otro lado, se enamoró en Calamocha de un chico de allí y se casó en el pueblo, pero ambos establecieron su domicilio familiar también en Quart de Poblet. De esta manera, la familia Navarro Julve, aunque esté presente en Quart de Poblet, no ha perdido su identidad de origen y su vínculo con Calamocha porque siguen acudiendo allí.

Mª Antonia y Ladislao continuaron su jubilación en Quart de Poblet teniendo a sus hijos e hijas y nietas y nietos cerca, aunque el resto de familiares se encontraban en Aragón. Ladislao falleció en 2004 y Mª Antonia quiso que fuese enterrado aquí para estar cerca de él, como hizo en su día con su padre y con su madre. En mayo de 2020, en aquellos días en los que toda España sufría un confinamiento por la pandemia, el terrible Covid se llevó a Mª Antonia. Sus hijas e hijo no se pudieron despedir de ella. Sin poder verla, acudieron a su entierro en su querido Quart de Poblet, como ella quería. Es por ello que merece que su amor y gratitud por este municipio no quede olvidado y sea relatado. Sirva este libro como homenaje a una mujer querida, respetada y que participó activamente en la vida social de Quart de Poblet.



Juana María Navarrete Giménez

Edad: 70 años. Llegó a Quart de Poblet en 1967 de Úbeda, Jaén.

Juana María Navarrete Giménez llegó a Quart de Poblet en 1967 desde Úbeda, Jaén, un año antes de que lo hiciera Gregorio, su marido, desde Cuenca. Él está presente en la entrevista y ambos nos cuentan que aquí se conocieron y aquí se casaron. Los padres de Juana tuvieron cinco descendientes y fue el hijo mayor el primero en aventurarse a dejar Jaén y venir a Quart de Poblet. Por aquel entonces, nuestra entrevistada no solo había podido terminar la escuela, sino que, además, había podido continuar sus estudios y conseguir el título equivalente al bachillerato actual.

Muy pocas mujeres pudieron terminar la escuela en esos años y las que lo hacían se ponían a trabajar enseguida. Solo aquéllas que tenían una holgada economía familiar y además eran conscientes de que podían mejorar su futuro profesional con los estudios universitarios se animaban a continuar con los niveles superiores. Es lo que hizo nuestra protagonista, Juana, quien deja claro a lo largo de toda la entrevista su tenacidad para tener un futuro mejor. Ella supo que era importante e insistió hasta conseguirlo.

Con su hermano Francisco ya en Quart de Poblet, que había venido siguiendo a su novia Manuela, el resto de la familia decidió también emigrar al municipio, sabiendo que en su pueblo de origen había poco futuro. Juana María se quedó en Úbeda hasta que terminó el curso, es decir, que su viaje solo se retrasó unos meses. Un catedrático le dijo al padre de Juana que sería una lástima que ella no continuara con sus estudios, ya que podía estudiar lo que quisiera porque tenía matrícula de honor en geografía, historia, matemáticas y dibujo. Con esta excelencia



Juana y Gregorio el día de su boda.

académica, pidió una beca para estudiar en la Universidad de Granada, que le fue concedida, pero finalmente tuvo que renunciar a ella para viajar así a Valencia junto a su familia. Todos se habían marchado y no era una opción dejar a la niña sola en Granada. Al principio, le aseguraron que solo esperaría unos meses, que después del verano podría regresar y continuar sus estudios, pero Juana María nunca regresó y tuvo que renunciar a la beca de 7.000 pesetas que le dieron. En aquella época no sabían si hubiera sido posible trasladar su expediente y su beca a otra comunidad.

En el mes de julio de 1967, con 16 años, Juana ponía sus pies en Quart de Poblet. “Yo lo pasé muy mal - confiesa- porque era una tierra desconocida para mí y tenía que adaptarme a otras costumbres”. Juana no solo tuvo que dejar atrás amistades, sino que con esta marcha renunciaba a sus estudios, a su futuro.

En Úbeda, su padre había sido albañil y su madre, además de ocuparse de las tareas del hogar y de la crianza de seis hijas e hijos, iba al campo en la temporada de la aceituna. Con 10 años, Juana ya se ocupaba de hacer la comida para toda la familia cuando salía de la escuela, especialmente cuando su madre tenía que ir al campo. “A los 12 años ingresé en el instituto porque sacaba muy buenas notas”, cuenta. Fue así como terminó el nivel superior queriendo entrar a la universidad para estudiar enfermería, pero como ya nos ha adelantado, no pudo hacerlo, puesto que tenía que venir a Valencia y ayudar a la economía familiar. Aquí tuvo que ponerse a trabajar y, al igual que todas las entrevistadas, su nómina se la daba a su madre, encargada de gestionar los gastos del hogar, principalmente la hipoteca y la comida. También, como era costumbre, del dinero que se aportaba se solía apartar una pequeña cantidad que después daban a modo de ajuar o dote, cuando éstas se casaban.

Al venir a Quart de Poblet se instalaron en la calle Antonio Iturmendi, ahora renombrada como calle Margarita Salas tras la Ley 52/2007 conocida como *Ley de Memoria Histórica*. Compraron este piso tras vender la casa de Úbeda.

Su hermano había estudiado maestría industrial, era mecánico, y al venir encontró trabajo en Talleres Baysa. Él les dijo: “Venios que aquí hay más futuro que allí”, y como la gran mayoría de personas que llegaron, emprendieron el viaje de ida. Una vez aquí, cuando Juana tenía 17 años, entró en la fábrica del Barranquet. El primer contrato, cree recordar, fue de seis meses, pero luego se renovó dos veces más hasta que finalmente la hicieron fija. También recuerda que en cuanto a presencia femenina y masculina, estaba bastante igualado. “Una vez llegaron a decir que había mil personas trabajando allí, aunque luego ya se quedó en unas trecientas”, afirma. Sabía que había desigualdad salarial, “pero tampoco había derechos”.

En 1983 el Barranquet cerraba sus puertas y Juana tuvo la oportunidad perfecta para poder cumplir con sus ambiciones educativas. Para aquel entonces ya era madre de un hijo, Gustavo, y de las mellizas Victoria y Sara, así que compaginó la crianza con nuevos estudios y logró sacarse el título de Auxiliar de Clínica. Lo hizo acudiendo a las clases que el ayuntamiento ofrecía en la escuela de personas adultas, en horario de tarde. Cuando le preguntamos sobre qué opinión tenía su entorno más próximo nos dice: “Mi madre decía que yo era una egoísta”, refiriéndose a ocupar su tiempo en estudiar y no en su familia.

Se apuntó a una bolsa de la Consellería de Sanidad y después de rechazar muchos de los trabajos que le ofrecían desde esta bolsa, por tener que ocuparse de su suegra y de sus hijas e hijo, empezó a trabajar en residencias de mayores y en centros de menores. Estudió valenciano, porque así se lo exigían para poder estar en las bolsas de trabajo, y finalmente preparó oposiciones y obtuvo plaza en la Universidad Laboral de Cheste, donde ya se jubiló.

De su tiempo en Barranquet nos cuenta que ella decidió que quería seguir trabajando. No era lo habitual, ya que la mayoría de mujeres dejaban sus puestos de trabajo al casarse. Juana recuerda que en 1972 el Gobierno entregaba una importante suma de dinero a las mujeres que se casaban y dejaban su trabajo, pero ella rechazó el dinero y continuó trabajando. “Eso lo sacó Franco para que la



En 1972 el Gobierno entregaba una importante suma de dinero a las mujeres que se casaban y dejaban su trabajo, pero ella rechazó el dinero y continuó trabajando.

mujer se quedara en casa, era como un premio que daban a las mujeres por casarse y quedarse en casa, pero yo quería continuar trabajando”, nos dice, siendo consciente de que resultaba muy tentadora la cantidad ofrecida. Aun así, ella lo rechazó. Sabía que aquel dinero no saldría a cuenta con el tiempo y que continuar en la empresa sí. No se equivocaba en absoluto porque cuando en 1983 la empresa cerró, ella recibió un finiquito de casi tres millones de pesetas. “A parte de eso, cotizabas, así que tuve el máximo de paro”, añade satisfecha.

A Juana algunas de sus compañeras, al decirles que no dejaría el trabajo al casarse, le decían: “¡Madre mía! ¡Pero tú estás local!”. Sintió el rechazo de gente próxima a ella, así como de parte de la plantilla de la empresa que la miraban mal por tomar aquella decisión. Sin embargo, recuerda que a los dos o tres años de estar casadas muchas de las compañeras que la criticaron volvían a la empresa en busca de faena.

Respecto a Quart de Poblet, lo recuerda como un pueblo pequeño donde vivían hortelanos que iban a sus huertos. Juana venía de un pueblo grande, Úbeda, pero sin embargo se dio cuenta rápidamente de que “aquí la gente estaba más avanzada”, en cuanto a pensamientos y costumbres. La modernización de la juventud llegó antes a las ciudades con mayor desarrollo industrial y con más población.

Para divertirse recuerda que iban a la Pista Fallera, donde conoció a Gregorio, su marido. También iban a Manises, al Parque de los Filtros, así como a la discoteca Las Vegas y al Cine Nilo. En verano iban al río, donde se bañaban y hacían pícnicos, y en pascua se organizaban *los rogles*. Eso sí, para poder salir, antes tenían que dejar hechas las tareas de la casa que se les había asignado. “Las chicas solo, claro”, sostiene Juana. Si querías salir el sábado, “antes tocaba limpiar la casa y hacer la faena”, recuerda.

Sin casa ya en Úbeda y con sus padres en Quart de Poblet, los viajes al sur no fueron regulares, pero aun así el contacto con sus raíces se mantuvo. Después de casada, y solo de vez en cuando, continuó yendo y viniendo con su marido. Pese a ello confiesa que ella nunca ha perdido el vínculo, “Ni quiero perderlo” ya que todavía mantiene amigas de la escuela. Juana, mujer activa, sigue intentando mantener vivo el cuerpo y la mente, y por eso acude a clases de bailes y de informática. “He sido siempre inquieta y he querido avanzar”, nos dice. La pareja, a día de hoy, forma parte del Coro Rociero Virgen de la Luz, y con él hacen actuaciones para todo tipo de eventos.



María Ruiz Martínez

Edad: 72 años. Llegó a Quart de Poblet en 1968 de Mogón, Jaén.

Mari no nació en Mogón, pero se crió allí. Era la pequeña de tres hermanos y sus padres compraron una casa en ese pueblo cuando se mudaron desde Santo Tomé, también en Jaén. Por lo visto, su padre tenía problemas de salud y le aconsejaron trasladarse. Sus padres se dedicaban al campo. Las oportunidades laborales para las mujeres, nos explica, “era irse a servir a Villacarrillo o trabajar en el campo”.

La salud de su padre empeoró. Primero el problema fue el asma y después el corazón, así que Mari tuvo que dejar la escuela a los 13 años e irse junto a su madre a recoger la aceituna. Tenían una pequeña huerta arrendada para consumo diario, pero al empeorar su padre no pudieron mantenerla. Mari, con 14 años, y su hermana con 17, se fueron a servir a Villacarrillo para poder pagar los gastos médicos de su padre. Por aquel entonces, trabajar como interna era lo habitual puesto que las distancias, aunque fueran pueblos colindantes, había que hacerlas la mayoría de las veces a pie. “Nuestra casa estaba a 8 kilómetros de donde servíamos”, nos cuenta, y añade: “Mi madre, cuando podía, subía andando a vernos”.

Los gastos por la enfermedad del padre aumentaron y fue esta situación la que llevó a trasladarse a Quart de Poblet. Un primo hermano que ya estaba aquí les escribía diciéndoles que había trabajo, sobre todo en las fábricas de cerámica. Primero vino su hermana mayor, junto a su prima, es decir, la hermana del que ya se encontraba en Valencia. Mari se quedó con su madre, mientras que su hermano eligió Salamanca en busca de una oportunidad laboral.



Maria con Juan y Teresa en la fábrica Los Olmos en 1970.

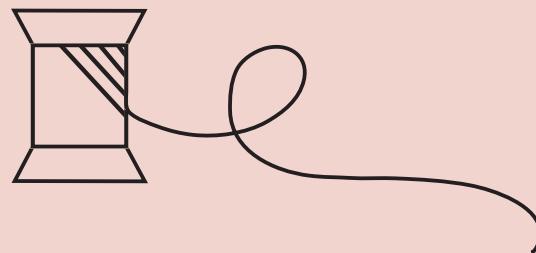
En marzo, el mismo día de San José y a las cuatro de la mañana, llegó Mari a Quart de Poblet. Por aquel entonces, su padre ya había fallecido. Vino con otro primo, el actual dueño del horno cercano a la Iglesia de la Purísima y hermano del que ya se encontraba aquí, así como con el padre de ambos. Nos cuenta que al no haber ningún otro tipo de transporte, vino en la furgoneta de un hombre que se dedicaba a traer personas. “Tenía unas ocho o diez plazas, todos pagaban su asiento y llegó llena”, recuerda.

Mari encontró trabajo muy pronto en la industria cerámica y azulejera, primero en Valencia y más tarde en Manises. Recuerda que en la empresa de Valencia cobraba unas 800 pesetas, mientras que sirviendo de interna en Villacarrillo su sueldo rondaba las 400 ó 500 pesetas al mes “y ni cotizabas, ni nada”, nos dice.

En el mes de junio de 1968 su madre cerraba definitivamente la casa de Mogón y ponían rumbo a Quart de Poblet en la misma furgoneta en la que ellas habían venido antes. Su hermano terminó dejando Salamanca y también se vino para Quart de Poblet con ellas. Al principio vivieron de alquiler con su tío, pero después la familia alquiló su propio piso y la casa del pueblo terminó vendiéndose.

La madre de Mari estuvo durante mucho tiempo cosiendo las borlas y flecos que se usaban para la confección de cortinas.

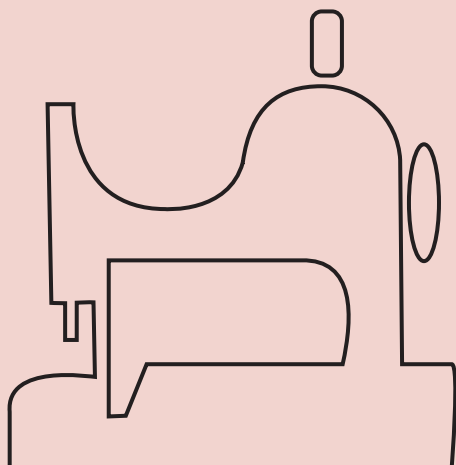
En alguna ocasión también se les daba esta faena a chicas jóvenes que quisieran ganarse un dinero extra, como fue el caso de Mari y su hermana, que durante muchos años, después de salir de su trabajo en las fábricas azulejeras, cosían en casa. Les daban las telas, las sábanas y unos bordados y cosían en su domicilio, aunque su hermana vio un anuncio donde varias mujeres quedaban en casa para coser y estuvo yendo los fines de semana también. Para recoger las telas tenían que coger el autobús e ir a la tienda Dalila, en Valencia.



Mari trabajó en la fábrica Olmos, unos doce años, hasta que se casó en 1975. Tras el despido, con la prima del Estado y el finiquito, pudieron dar la entrada del piso en la calle Pizarro, donde viven todavía, así como comprar los muebles. Al tratar el tema del salario durante su estancia en la fábrica, reconoce que se sabía perfectamente que éste no era igual para ellas que para ellos. Piensa que tampoco tenían un trabajo más duro los hombres, pero la situación de desigualdad era así. “No lo veías normal, ¿pero qué hacías? ¿Rebelarte? Nadie decía nada”, nos confirma.

Mari debía entregar a su madre todo el dinero que ganaba, aunque una parte se iba para el ajuar. De igual manera, siguiendo el mismo patrón, las obligaciones domésticas no eran las mismas para hijas que para hijos, nos dice, recordando los años en los que todavía estaban en el pueblo y llegaban de trabajar. Su madre se ponía a preparar la cena y la comida, ellas ayudaban con las tareas de la casa y su hermano se pasaba la tarde en el bar con sus amigos. Mari y su hermana cogían el canasto de la ropa y se iban al río a lavar, pero su madre jamás mandó a su hijo a hacer ningún recado, o a poner o quitar la mesa. Lo mismo se repetía en cuanto a las normas. “Nosotras teníamos que estar en casa a las nueve de la noche como muy tarde, mientras que él nunca tenía hora, es decir, él podía venir a las dos de la madrugada si quería”, recuerda.

Nos cuenta Mari que la convivencia con la gente del pueblo de Quart de Poblet fue muy buena. Tenía su grupo de amigas y amigos, casi todos de fuera del municipio, y recuerda que en Pascua hacían *los rogles*, “gente joven se juntaba para ir a merendar, saltar la comba y pasear”.



Mari, con 14 años, y su hermana con 17, se fueron a servir a Villacarrillo para poder pagar los gastos médicos de su padre. Por aquel entonces, trabajar como interna era lo habitual puesto que las distancias, aunque fueran pueblos colindantes, había que hacerlas la mayoría de las veces a pie.

Este trabajo, sin estar regulado en ningún momento, fue frecuente en mujeres ya casadas y criando. En este tipo de empresas, las más jóvenes sí que trabajaban con contrato, pero una vez se casaban dejaban los trabajos y muchas continuaban, años después, cosiendo en sus hogares sin regular su situación.

Después de casada, concretamente en marzo de 1976, Mari se puso a trabajar de nuevo cosiendo en el taller de cortinas de la avenida San Onofre. Allí estuvo trabajando casi veinticinco años sin cotizar, ya que “era muy raro que te dieran de alta cuando ibas por horas”, nos aclara, y aunque dice que este tema se trató en la empresa en varias ocasiones, pasó el tiempo y su contrato nunca se llegó a regularizar. Más tarde se puso a limpiar en un despacho de una empresa de construcción de un familiar suyo, pero en esta ocasión sí estuvo dada de alta. “Eran otros tiempos y había más información”, sostiene.

“El que se abriera el Centro Andaluz nos dió mucha vida y mucha alegría porque esto nos conectaba de nuevo a nuestras raíces”, nos dice Mari. El primer Centro Andaluz se abrió en un bajo en la calle Santa Cecilia, donde daban clases de sevillanas. Paseando un día con su marido lo vieron y entraron a preguntar, y se apuntaron. Eso fue en 1986. Luego cambió de emplazamiento, ya que el ayuntamiento les cedió un terreno, que es la actual sede, y ahí levantaron el centro, las socias y socios, con ayuda municipal. Mari nos cuenta que todavía hoy mantiene sus costumbres: “Es que no las puedes perder. Aunque quieras, aunque pasen los años, no las pierdes”. También mantiene sus raíces con su pueblo de origen y con el de su marido, quien heredó una casa en Benajárafe, Málaga, y es allí donde siguen viajando en verano.



Amalia Cejalvo Serrano

Edad: 80 años. Llegó a Quart de Poblet en 1968 de Motilla del Palancar, Cuenca.

Amalia, con una memoria privilegiada, nos relata cómo fue su primer día de escuela. Lo recuerda todo: los nombres y apellidos de las profesoras, los de sus compañeras, que su colegio se dividía en niños y niñas.... Y ríe cuando se acuerda que estuvo yendo a clase sin que sus padres hubieran pagado la papeleta, como entonces se llamaba al pago que se abonaba.

El sistema educativo del franquismo consideraba a las mujeres como seres con una supuesta inferioridad intelectual, lo que justificaba su posición de subordinación en la jerarquía social y familiar. El adoctrinamiento recibido las preparaba a una natural disposición al sacrificio y abnegación para ser amas de casa. En esas escuelas segregadas de primaria, mientras los niños estudiaban nociones de geometría, física o historia, contenidos para iniciarlos en la realidad laboral, las lecciones de las niñas se centraban, por el contrario, en potenciar la feminidad con asignaturas como formación político-social, iniciación para el hogar, costura, canto y en prepararlas para educar a sus hijas e hijos.

Amalia nació en Motilla del Palancar, en una familia de agricultores. Tenían tierras propias y una casita "sin ostentación, pero bien, nunca faltó lo necesario", nos dice. Su madre, además de trabajar en el campo, se encargaba de las tareas domésticas y la crianza de las criaturas. Ambos, padre y madre, estaban asegurados por la Comunidad Agraria donde cotizaban. Amalia nos dice que su padre solía decir: "La mujer que se



Amalia con sus compañeras de trabajo el día de su boda, en enero de 1971.

casa es la estaca de su casa”, asegurando que, aunque era muy buen hombre, tenía “la mentalidad de los de antes”. A su madre le encantaba coser, y aunque pidió varias veces una máquina de coser, Amalia dice que su padre nunca se la compró. Tanto Amalia como su madre y sus hermanas cosían a mano en casa para sacar un dinero extra para el ajuar. Las hermanas se llevaban cierta edad, por lo que, cuando ella se mudó a Quart de Poblet, lo haría a casa de su hermana mayor, ya casada y con una niña.

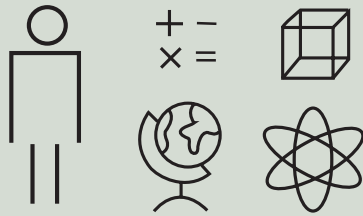
“Vivíamos muy bien, éramos felices”, nos dice al recordar aquellos años. Su familia estaba llena de músicos y su padre cantaba y tocaba el acordeón y la flauta. Amalia nunca dejó de estudiar, aunque ayudaba en todas las faenas del campo. Todos sus hermanos y hermanas fueron a la escuela y terminaron a los 14 años. Con 24 años, ella se sacó el Certificado de Bachillerato Elemental, en la Escuela de Personas Adultas, y lo hizo acudiendo a clase por las noches, después de recoger aceitunas en el campo.

Su hermano mayor, David, terminó los estudios de jurisprudencia por correspondencia y quiso ir a Madrid a hacer el servicio militar al Ministerio General del Ejército, Amalia cuenta cómo fueron las hermanas y la madre las que pagaban la residencia de David en Madrid, ya que él no quería quedarse en el cuartelillo a dormir. Todas sacrificaron su tiempo y trabajo cosiendo para una sastrería para poder enviar íntegro el dinero a su hermano y pagar su pensión en la calle de Luchana. Cuando recuerda esto, es consciente de los privilegios de los hombres, y en su caso el del único hijo varón de la casa. Especialmente, es consciente cuando nos cuenta que una maestra le dijo que con las notas tan buenas que tenía debía seguir estudiando, pero su hermana se negó rotundamente porque para aquel entonces su padre fue diagnosticado de párkinson y hubo que trabajar para llevar dinero a casa.

En el primer banco al que acudió Amalia para poder figurar como titular en una cuenta le pusieron problemas. Era la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia. Allí le aseguraron que era innecesario y, ante esa negativa, Amalia sacó su dinero y se fue al Banco de Bilbao, donde no le pusieron ningún problema. “Yo era la dueña del dinero”, asegura.

El campo ya no se presentaba como futuro. Su cuñado ya trabajaba en Refracta, así que la segunda en llegar a Quart de Poblet fue Amalia con 25 años, que estuvo en casa de su hermana en la calle Pintor Rivera una temporada hasta que sus padres y otras hermanas se trasladaron al municipio. Cuando llegaron alquilaron una casa en la antigua calle Lepanto, ahora llamada calle Rossinyol. Cuenta que aquella casa era propiedad del cronista del pueblo, Amador Griñó.

Gracias a su certificado de estudios Amalia pronto consiguió trabajo en la fábrica del Barranquet cuyo dueño era Eloy Domínguez Veiga, a quien recuerda de forma graciosa e imita en la entrevista como un hombre bajito que solía pasearse por la fábrica cabizbajo, con semblante serio y las manos en la espalda. En la fábrica, Amalia hizo muy buenas migas con otras chicas jóvenes que trabajaban con ella, la mayoría emigrantes, como ella. Allí conoció a Sebastián, el que más tarde sería su marido, también manchego, de Iniesta más concretamente. El primer año, Amalia cobraba mil pesetas al mes, pero pronto empezó a trabajar en la zona de las prensas donde ganaba más. “Había dieciséis prensas y yo trabajaba en la prensa número 16 donde se fabricaban los azulejos más pequeños, de 7,5 x 7,5 cm. a los que llamaban *alambrellas*”, recuerda.



Se trabajaba en dos horarios, uno de cinco de la mañana a dos del mediodía y otro de dos de la tarde a once de la noche. Recuerda que cuando le tocaba el primero de estos turnos salía de casa a las cuatro y media de la mañana, se juntaba con otras compañeras e iban andando hasta el Barranquet. Un día uno de los encargados, Soriano, cayó enfermo y le ofrecieron a ella su puesto. El primer mes se dio cuenta de que en vez de cobrar más, había recibido el sueldo base, el *punto ochenta* como se llamaba. Amalia se quejó entonces a un superior, Fortea, y consiguió mejorar su salario, pero no ganar lo mismo que sus compañeros encargados. “Ellos cobraban más del doble”, asevera.

El 24 de diciembre de 1970 fue el último día que Amalia trabajó en la fábrica. Ahora sabe que si hubiera seguido un poco más hubiera podido percibir una pensión, pero no lo hizo porque así se lo dijo su marido, la empresa y el Estado español. Recibió la “nómina por casarse”, que era de 3.000 pesetas y una paga extra aparte. Ellas lo veían como una ayuda y no como un despido para obligarlas a dejar de trabajar y ocuparse del hogar como “buenas esposas”. Sebastián también cobró la misma nómina por casarse, con la gran diferencia de que él sí podía seguir trabajando.

Amalia se ocupó de la casa, de la economía familiar y de la crianza de su hija e hijo. Su hermano David, ya convertido en banquero, les aconsejó que en la cartilla del banco figuraran los dos como titulares, ya que ella solo aparecía como autorizada. En el primer banco al que acudió Amalia



para poder figurar como titular en una cuenta le pusieron problemas. Era la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia. Allí le aseguraron que era innecesario y, ante esa negativa, Amalia sacó su dinero y se fue al Banco de Bilbao, donde no le pusieron ningún problema. “Yo era la dueña del dinero”, asegura, “y mi marido nunca me controló en qué ni dónde me gastaba mi dinero”.

El matrimonio tuvo dos hijos, una chica y un chico, Inma y Emilio. Amalia refiere que ella cosía los vestiditos para su hija recién nacida “Lo lavaba por la noche y se lo volvía a poner al día siguiente”, recuerda. Estuvo siempre buscando formas de ahorrar y, en este sentido, nos cuenta que con un retal de dos pesetas le hizo a su hija tres vestidos. Confiesa que su marido cobraba menos que lo que ella había ganado en la fábrica en la última etapa, pero dice que ni se plantearon el que ella continuara trabajando una vez casada.

La familia siempre mantuvo el contacto con su pueblo natal. Una de sus hermanas se quedó allí a vivir y por eso Amalia siempre ha vuelto a Cuenca y ha mantenido sus raíces. Pero después de tantos años, Amalia se siente de Quart de Poblet, aunque guarda un sinfín de recuerdos del lugar que la vio crecer. Aquí ha hecho su vida, una vida activa y participativa, porque Amalia fue una de las fundadoras de la Asociación de Amas de Casa y Consumidores Tyrius donde actualmente ocupa el cargo de vocal y da clases de bordado mallorquín y punto de cruz.



Paquita Montero Borrego

Edad: 74 años. Llegó a Quart de Poblet en 1968 de Lopera, Jaén.

Paquita llegó a Quart de Poblet después de casarse, cuando casi tenía 20 años. Antes llegaría a Manises desde su pueblo, Lopera, en la provincia de Jaén. Su padre se casó cuatro veces y de una unión posterior nació ella. Como sus padres no se llegaron a casar nunca recuerda que “la gente me miraba como si fuera un bicho raro”, ya que era una situación inusual en la época del franquismo. De hecho, nos cuenta Paquita que ninguno de los cuatro hijos e hijas nacidas de aquella relación tiene el apellido del padre, solo los de la madre, “porque el cura dijo que no nos lo ponía por no estar mis padres casados”.

Aunque su madre tenía diagnosticada una invalidez, asegura que si le salía una oportunidad ella se iba a limpiar casas. De su padre nos cuenta que era “muy trabajador” y que se dedicaba a esculpir lápidas. Cuando comenzó a perder la vista, y se quedó ciego, Paquita tuvo que ayudar económicamente a la familia. “Por eso no fui al colegio, era la mayor de los tres hermanos y me tocó ponerme a trabajar muy pronto”, nos cuenta. Su primer trabajo fue cuidando a una niña de unos 4 ó 5 años. “La niña era casi más grande que yo porque yo era una cría de 8 ó 9 años. Entré a cuidar a la niña y acabé limpiando, fregando, etc”, afirma Paquita.

Un tiempo después, otra señora de Lopera que vivía en Madrid le pidió que se fuera con ella a la capital. “Me pagaba 500 pesetas mientras que en Lopera ganaba 100”, recuerda, así que con 13 años se fue a Madrid. “Yo era más madura y mis padres necesitaban el dinero”, por lo que fue una decisión fácil de tomar. Una de las hijas de la señora de Madrid era del Opus Dei y Paquita acudía



Retrato de Paquita a los 16 años.

a clase con ella y con un grupo de mujeres para aprender a leer, a escribir y a cocinar. Nos cuenta que fue muy feliz en aquella época y que además encontró una fe cristiana que no tenía antes.

Su padre cayó enfermo y Paquita tuvo que regresar a Lopera, ya que el vínculo con su padre era muy fuerte y quería estar con él. Estuvo un tiempo allí, pero pronto, un hermanastro suyo, hijo de su padre y que se llamaba Ramón, la invitó a ir a Manises para trabajar en la fábrica Montaner, que se dedicaba a la fabricación de platos y ánforas, entre otras cosas. “También se pintaban”, recuerda Paquita, por lo que pidió quedarse una hora más después de terminar su faena, ya que tenía claro que quería aprender a pintar. Cuando le preguntamos por el salario que tenía y las condiciones de su trabajo, reconoce que no tenía contrato y que enviaba todo el dinero que ganaba a su familia.

Ramón vivía con su esposa y sus hijos en Manises. Paquita se quedó con esta familia poco tiempo porque su cuñada no quería alimentar otra boca más, así que dejó la fábrica y buscó trabajo en otra casa donde se puso a servir de interna. Al entrar, la señora de la casa le preguntó: “¿Tú qué quieres, cuidar al niño pequeñito o hacer la casa?”. Paquita eligió la segunda opción y se ocupó de la compra diaria y de las tareas del hogar. “De mi salario no veía ni un duro”, nos cuenta, porque “el dueño de la casa hacía un giro y se lo mandaba directamente a mi padre”. Y cuando anteriormente había estado en la fábrica trabajando, “era mi hermano Ramón el que se ocupaba de enviar todo el dinero de mi salario a Lopera”.

Finalmente, su hermanastro trajo a los padres de Paquita. Al estar ellos aquí, decidieron que era mejor que ella dejara la casa donde servía y buscara trabajo en alguna fábrica, y así es como entró en Azulejos Sanmartín. Durante el tiempo que allí trabajó, acudió a la escuela nocturna, donde “aprendí algo”, nos cuenta. Por aquel entonces Paquita ya se había

echado un novio de Andújar que vivía en Quart de Poblet con su madre, y como ésta tenía problemas con el alcohol y había mala convivencia “quiso casarse muy rápido”, confiesa Paquita. Fue así como con 19 años y embarazada de cuatro meses se casó y se fue a vivir con su suegra a la calle San José. Pronto llegaron los problemas.

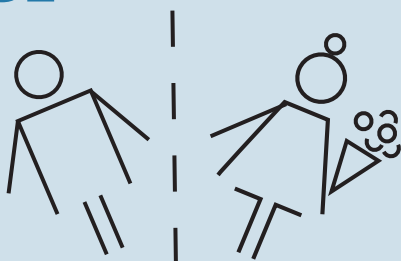
Su exmarido, como quiere mencionarlo a lo largo de la entrevista, tenía una carpintería y, a pesar de hacer bien su trabajo, con el tiempo comenzó a dejar de ir al taller y a gastarse el dinero en el bar. El matrimonio tuvo seis criaturas y la convivencia empeoró. Paquita, como la mayoría de las mujeres de su época, había tenido que dejar el trabajo al casarse, pero dada la situación, se vio obligada a retomarlo. “Yo me levanté un día y no tenía leche para darle a mis hijos”, recuerda. El exmarido comenzó a ser violento. “Él dormía con una navaja debajo de la almohada”, relata poco antes de confesar que se la llegó a poner en el cuello. Un día su hijo mayor y él tuvieron un encontronazo y Paquita se dio cuenta de que no podía seguir viviendo así. “Yo ya veía que mis hijos sufrían y tenía que hacer algo”, afirma.

Descubrió que su exmarido llevaba un año sin pagar el alquiler de la vivienda y que por eso querían tirarlos del piso. Finalmente no lo hicieron, “pero fue la gota que colmó el vaso”, asegura ella. Paquita le ofreció al dueño del piso el poder comprarlo y éste aceptó. Para aquel entonces ella trabajaba limpiando casas, aunque sin nómina, pero gracias a que sus dos hijos mayores ya tenían trabajo y nómina, pudieron firmar la compraventa de la casa y la hipoteca.

Un domingo, se armó de valor, reunió a sus hijos y les dijo: “¿Queréis que le bajemos la ropa y no le dejemos entrar?” Y así lo hicieron. Le dejaron sus cosas en el rellano, se quedaron todos detrás de la puerta haciendo fuerza, y al regresar el padre no pudo entrar en la vivienda. Él fue directo a la policía a denunciar lo ocurrido, y la consecuencia de ello es que los agentes acudieron al domicilio y le dijeron a

Paquita, como la mayoría de las mujeres de su época, había tenido que dejar el trabajo al casarse, pero dada la situación, se vio obligada a retomarlo. “Yo me levanté un día y no tenía leche para darle a mis hijos”, recuerda.

1981



Paquita: “No puede echarlo porque esta es su casa, pero puede venir con nosotros a denunciarlo”. Paquita acudió entonces a la Policía con sus dos hijos mayores a poner la denuncia por malos tratos.

Nos situamos en los años ochenta del siglo pasado, en los primeros años en los que el divorcio había sido aprobado. Algunas personas le llegaron a decir que “no podía echar a su marido a la calle”, pero Paquita se reconoce valiente. “¿Qué saben ellas de lo que yo he pasado?”, nos dice. Al principio salía a la calle con miedo a que él pudiera hacerle daño, pero el tiempo fue pasando y la situación se calmó.

No volvieron a tener trato. En 1986 se separó y poco después solicitó el divorcio. Solamente recibió la manutención de sus hijos del primer mes. “Fue capaz de dejar el trabajo que tenía para no tener que pasarme dinero”, confiesa ella. Sin embargo, después de todo lo sufrido, Paquita muestra tristeza al recordar que él murió solo, después de perder las dos piernas.

No es hasta la reforma del Código Civil de 1981 cuando se equipara jurídicamente al marido y a la mujer en el matrimonio, tanto en el régimen económico como en la titularidad de la patria potestad de las hijas e hijos. También en este año se aprueba la Ley del Divorcio que partía del principio anterior de que el marido y la mujer son iguales en el matrimonio, tanto en derechos como en deberes.

Tras divorciarse, Paquita se apuntó a las actividades de la Casa de la Dona de Quart de Poblet, que por aquel entonces estaba ubicada en una planta baja de la plaza de la Iglesia. Recuerda haber hecho talleres allí con otras mujeres que se encontraban en una situación similar a la suya.

Le salió trabajo como cocinera en un restaurante y gracias a eso pudo empezar a cotizar algo. Después entró en la cocina de una residencia de personas mayores, se sacó el carné de conducir y se compró un coche. Su vida cambió, a pesar de lo complicado que fue ocuparse de seis criaturas sola. “Aún así, para haberse criado sin padre, me han salido unos hijos maravillosos”, confiesa. “Son lo que más quiero en el mundo”, añade orgullosa. La primera hija de Paquita fue Rosa y a ella le siguieron Federico, Paco, Rafa, Sergio y Alejandro.

Paquita volvió a Lopera, su pueblo natal, solo una vez. Nos dice que se emocionó, aunque allí ya no le quedaba mucho. Actualmente pertenece a un grupo de teatro, va a clases de gimnasia, forma parte de la asociación Conexión Felina de Quart de Poblet y al club de lectura municipal de Trenquem Barreres.



Esperanza Huerta Martínez

Edad: 74 años. Llegó a Quart de Poblet en 1971 de Almodóvar del Pinar, Cuenca.

Esperanza Huerta Martínez llegó a Quart de Poblet en 1971, después de casarse. Antes llegó a Valencia junto a su familia procedente de Almodóvar del Pinar, provincia de Cuenca, cuando tenía 16 años. Nos cuenta que en su pueblo realmente sí había trabajo porque era un pueblo resinero y además la central resinera estaba ubicada allí mismo, por lo que además de su padre, trabajaba mucha gente de la zona. Sin embargo, su hermano mayor, al terminar el servicio militar, se vino a Valencia en busca de una oportunidad. Por aquel entonces ya contaban con familia que había emigrado anteriormente a Valencia, en concreto unos primos hermanos de su padre. Éstos ayudaron al hermano de Esperanza a encontrar trabajo en Villarrasa, una fábrica de maderas y aglomerados ubicada en Mislata que llegó a contar con una plantilla de casi un millar de personas. Ése fue el comienzo del cambio.

Esperanza era la mediana de dos hermanos, uno mayor, Virgilio, y otro más pequeño, Salvador. Una vez se instaló su hermano mayor “nos trajo a todos”, nos cuenta. Ella vino un domingo y al día siguiente ya se puso a trabajar en una fábrica de confección textil que solo hacía faldas. “Siempre he estado cosiendo”, recuerda.

En Almodóvar del Pinar estuvo yendo a la escuela hasta los 14 años, es decir, que tuvo la suerte de no tener que trabajar durante aquellos años. Su padre trabajaba en la fábrica de resina y su madre se ocupaba de la casa, de las criaturas y del pequeño huerto familiar donde plantaban algunas verduras. Esperanza solamente fue en dos ocasiones a vendimiar a Villarrobledo con sus primas, recuerda. También nos cuenta que su pueblo no era un lugar pudiente, pero en él sí que se movía un poco más de dinero que en otros pueblos que solo se dedicaban a la agricultura o al ganado. En los meses de invierno, nos dice, no había faena en la resina, por lo que solo se trabajaba en las viñas, los campos y las carreteras, pero en verano se retomaba el trabajo de la fábrica.



Esperanza con amigas del pueblo durante la Pascua de 1966.

Al venir a Valencia, la familia compró un piso en la calle Mosén Fenollar, en el barrio de Patraix de Valencia. Su hermano Salvador se puso a trabajar en una droguería-perfumería en la capital, donde entró de aprendiz y acabó siendo comercial. Por su parte, su hermano mayor se trasladó a vivir a Quart de Poblet porque le quedaba más cerca de Vilarrasa, donde trabajaba. Tras él vino Esperanza cuando se casó con Eusebio, emigrante manchego como ella, nacido en Enguídanos (Cuenca), al que conoció en Valencia y quien solo unos años antes había encontrado trabajo en Transvía, la empresa de autocares.

La familia se agrupó en Quart de Poblet, casi dos años después de que dejara el pueblo su hermano. Por aquel entonces, todos tenían trabajo. Su madre cosía en casa “las faldas plisadas de niña para colegios” y Esperanza trabajó, primero con 16 años en Confecciones Bordonau, y después en Confecciones Gabina, ambas situadas en Valencia. Recuerda que cuando comenzó en la primera empresa como aprendiz tenía su contrato y estaba dada de alta. En Confecciones Bordonau estuvo solo dos años “porque no me abonaban el sueldo que tenían que pagarme”, relata. Afirma que eran unas 300 pesetas y el sueldo base era de 508 pesetas. Como no quisieron pagarle la nómina que le correspondía, ella y otra compañera se fueron.

Ambas comenzaron a trabajar en Confecciones Gabina, donde sí les pagaron el salario correspondiente nada más entrar. Acostumbradas a trabajar en cadena “enseguida nos hicieron oficiales a las dos”, cuenta entre risas. Esperanza también dejó el trabajo al casarse, “porque no dejaban que se quedara la mujer trabajando”, afirma haciendo referencia a los empresarios. Recuerda que una chica que estaba en la plancha se quiso quedar y no la pudieron tirar porque estaba en su derecho, “pero le hacían la vida imposible, le hacían perrerías para que se fuera”.

Con la puesta en marcha de la Ley de Contrato de Trabajo de 1944, las mujeres no solo necesitaban pedir permiso a su marido para firmar contratos de trabajo y para percibir su salario, sino que también requerían de una autorización para recibir formación en su puesto de trabajo. Además de toda esta legislación “ad hoc”, las mujeres debían pasar una prueba médica, cosa que no obligaba a los hombres produciéndose así una nueva discriminación para las mujeres trabajadoras. Tampoco hubo muchos cambios con el Fuero del Trabajo de 1961, en la redacción del cual participó Pilar Primo de Rivera, ya que señalaba que el trabajo de la mujer debía desarrollarse como opción de supervivencia familiar, nunca como una consideración personal que contemplara independencia o realización personal.

El jornal, como era habitual en aquella época, lo entregaba a su madre, quien se ocupaba de gestionarlo. Esperanza solo se quedaba con el dinero que le pagaban de las horas extraordinarias, dinero que fue guardando y que con el tiempo le sirvió para comprar los muebles de la salita cuando se casó.

Casada y estando ya en casa, Esperanza cosió, como muchas otras mujeres, sin ningún tipo de contrato y de regularización. También fue a limpiar a alguna casa de conocidas. Sobre el reparto de tareas nos cuenta, al igual que el resto de entrevistadas, que cuando vivía con sus padres, era ella y su madre las que se ocupaban del hogar. Su padre trabajaba casi todo el día fuera y sus hermanos “se habían criado en eso”, confiesa. Esperanza no sufrió, por parte de sus padres, un control muy estricto, que sí que nos han relatado otras mujeres entrevistadas, cuando comenzó a salir de casa. Dice que pudo ir y venir con su novio, Eusebio, aunque sí recuerda que antes de las diez tenía que estar en casa porque el portero de la finca

En Confecciones Bordonau, estuvo solo dos años “porque no me abonaban el sueldo que tenían que pagarme”, relata. Afirma que eran unas 300 pesetas y el sueldo base era de 508 pesetas. Como no quisieron pagarle la nómina que le correspondía, ella y otra compañera se fueron.



Esperanza en la avenida del Cid de Valencia en Pascua de 1964.

cerraba el patio a esa hora. Esperanza y Eusebio se instalaron en el barrio de la Cebollera hasta que se compraron un piso en la avenida Ramón y Cajal. De su tiempo en la Cebollera recuerda que todo estaba aún en proceso de construcción, por lo que todavía pudo ser testigo de las cebollas que se encontraban por el terreno, hecho que dio nombre a la zona. “Todo era campo. Solo estaba la finca del Bar Campillo y la otra donde viví cuando me casé, la de Cronista Carreres”, recuerda. De su acogida en el municipio todo son buenos recuerdos. Nos cuenta que apenas escuchó valenciano durante aquellos años, a excepción de la zona del casco histórico, pero que en la Cebollera no se hablaba, ya que en su finca casi todas las viviendas eran de familias que, como la suya, habían venido de fuera.

Esperanza ha seguido manteniendo el contacto con su familia del pueblo, pero afirma que solo lo visitaba en ocasiones puntuales. Al vender la casa y el campo que tenían allí, ya no contaban con un lugar propio donde quedarse. Sin embargo, como el pueblo de su marido estaba cerca del suyo, compraron en Enguïdanos una casa para ir durante las vacaciones. Ahora, su hija Esperanza y su hijo Emilio siguen yendo, por lo que se continúa manteniendo el vínculo con el pueblo del padre.

En la actualidad, Esperanza es la tesorera de la Entidad Cultural de Castilla-La Mancha. “Yo no he ido mucho a mi pueblo, pero siento mis raíces. Me hablan de Cuenca y ...”, dice sin poder terminar la frase. Tiene muy buenos recuerdos de su infancia y de su familia. Confiesa que no fue difícil dejar el pueblo a pesar de todo, porque al llegar y ponerse a trabajar con chicas hizo muy pronto nuevas amistades. Sin embargo, cuando se instaló en Quart de Poblet y supo de la existencia de la entidad cultural enseguida quiso hacerse socia. Actualmente Esperanza canta en la Rondalla Aires Manchegos de Quart de Poblet y tiene dos nietas: Alba y Clara, de 19 y 16 años respectivamente.



Remedios Bernal López

Edad: 66 años. Llegó a Quart de Poblet en 1972 de Morón de la Frontera, Sevilla.

Remedios Bernal López nació en Morón de la Frontera, Sevilla, en 1955. A la edad de 17 años llegó a Valencia, donde se quedó y formó su propia familia. Como la gran mayoría de las entrevistadas, Reme, aun siendo de otro lugar y conservando sus raíces, se siente de igual manera parte de este lugar, donde ha hecho su vida.

Nos cuenta que cuando trabajaba en Sevilla en IESA, una fábrica de aceitunas que contaba con una plantilla de al menos 500 mujeres y donde los encargados eran todos hombres, formó parte de un pequeño movimiento reivindicativo. Por aquel entonces ganaba 350 pesetas al mes y era *botera*, es decir, se encargaba de colocar las aceitunas en los botes de forma decorativa. Aquella fábrica era una sociedad hispano-americana que producía sobre todo para exportar. Una de las veces que los socios americanos estuvieron por allí, exigieron a las mujeres que, en vez de llevar el pañuelo atado en la cabeza, se pusieran unas boinas verdes. Las trabajadoras mayores se plantaron porque consideraban que aquella nueva prenda era incómoda e innecesaria. “Esto no puede ser”, recuerda que oyó Remedios, quien por aquel entonces tendría unos 14 años.

Un par de mujeres se movilizaron para poder avisar al resto estableciendo la siguiente consigna: “A las 12 horas paramos las máquinas”. Y así fue. Todas las máquinas se detuvieron y, cuando llegaron los encargados, Remedios copió lo que hacían sus compañeras para intentar pasar desapercibida. Vino entonces la Guardia Civil, pero el grupo de mujeres que encabezaba la huelga se mantuvo firme en su exigencia. Finalmente, todas ellas tiraron las boinas en una caja y volvieron a colocarse los pañuelos en la cabeza. Algún tiempo más tarde, una de aquellas mujeres se convertiría en la cuñada de Reme.



Reme y Antonio en Morón de la Frontera en 1973.

Reme no sabe si el motivo que la trajo a Quart de Poblet fue el destino o la casualidad, ya que su familia tenía trabajo en el pueblo. Sin embargo, su hermana discutió con su novio y decidió irse a Valencia puesto que tenían una tía que vivía allí y que les aseguraba que había mucho trabajo. Su padre, por aquel entonces, trabajaba en una fábrica de aceitunas, aunque, por un cambio de dueño, empezó a no estar contento en su trabajo. “Pepe, vente, que aquí hay mucho trabajo”, le decía su hermana, y eso es lo que finalmente hizo.

La familia se trasladó dejando a Reme en el pueblo con otra tía para que terminara de pagar “las trampas” que habían dejado a deber. Cuando terminó de pagarlas, ella estaba trabajando y tenía novio, por lo que la idea de irse a Valencia no le hizo mucha gracia. “Yo llegué y no saludé ni a mi padre ni a mi madre porque estaba enfadada”, nos cuenta. Pero solo un mes después dejó de estarlo, ya que su novio Antonio dejaba también Morón para venirse tras ella a Quart de Poblet. Él se alojó en una pensión, era albañil y encontró trabajo enseguida, en la obra del Colegio Ramón Laporta. Aún viviendo en Valencia ya, Antonio seguía enviando parte de su jornal a sus padres, que emigraron a Palma de Mallorca. Otra parte la utilizaba para pagar la pensión y otra se la daba a su futura suegra porque comía en su casa. “Yo le lavaba la ropa, a la pensión solo iba a dormir”, relata Reme muy emocionada al recordar aquellos años.

El padre de Reme se puso a trabajar en las basuras, pero no aguantó mucho, puesto que no podía soportar el olor. Su hermana se puso a trabajar en la fábrica de azulejos del Barranquet y, al igual que muchas de nuestras entrevistadas, allí estuvo hasta que se casó. En un primer momento sus padres alquilaron un piso en la calle Grabador Esteve, por la zona del río, donde estuvieron unos cinco o seis meses. Al ver que aquí había mucho futuro, decidieron vender la casa del pueblo y comprar un piso en Quart de Poblet, en la calle Desiderio Gallego Moya.

Su madre estuvo limpiando y cuidando un bebé antes de casarse, y después siempre trabajó en casa “criando hijos”. Ella era la que gestionaba la economía familiar, recogiendo los jornales de los hijos, de las hijas y del marido. “A una semana de casarme, tuve que darle el jornal a mi madre”, recuerda Reme. “Mi madre era la que lo dirigía todo en la casa”, confiesa. En cuanto a normas, reconoce que sus padres nunca fueron estrictos con ellas, mientras que su tío sí que lo fue con sus primas. Sin embargo, al sacar el tema de las tareas del hogar confirma que eran solo las mujeres las que se encargaban de ello. Mientras su madre y su hermana limpiaban, Reme se ocupaba de las labores, de bordar y de coser. En cambio, sus hermanos nunca hicieron nada, “hasta mi madre les quitaba el plato”, recuerda nuestra protagonista. Reme y sus hermanas tampoco protestaban porque, como bien dice, aquella desigualdad la veían normal.

Reme no tardó en hacer nuevas amistades al llegar. Recuerda que se juntaba mucho con tres compañeras con las que trabajaba y a las que sigue viendo hoy en día. El no ser de Quart de Poblet facilitó que se relacionaran unas con otras, pues estaban viviendo idénticas emociones. Muchas de ellas venían de Jaén, otras de Sevilla, y juntas iban a pasear por la avenida de San Onofre. También bajaban al río, y los sábados y domingos iban al Cine Nilo y a bailar a la Pista Fallera, una discoteca que estaba en la avenida.

Al llegar a Valencia, Reme se puso a trabajar en una fábrica de cerámica de Manises que se llamaba J.J. Jareño donde permaneció aún después de casarse. Tras nacer su hijo Víctor, la fábrica comenzó a ir mal y se fue antes de que la cerraran, justo después de que el dueño le ofreciera una cantidad de dinero y le avisara de que iban a cerrar en poco tiempo. Reconoce que fue un ajetreo seguir trabajando una vez dio a luz a su hijo, lo que la obligaba a dejarlo con su madre. Su marido “era como los de antes”, es decir, estaba acostumbrado a desentenderse por completo de las tareas

de la crianza y el hogar, mientras ella, como casi todas las mujeres de su época, se ocupaba en exclusiva de la casa, el trabajo y las hijas e hijos. “Yo llevaba mi casa para delante, estábamos educadas así”, confiesa. Nueve años más tarde nacería su hija Meli, “que es un ser especial como lo fue su padre”, afirma emocionada al contarnos que su marido faltó hace unos años.

Primero vivieron de alquiler en la calle Villalba de Lugo, para después comprarse su propio piso en la calle Sagunto. Cuando Reme dejó de trabajar en la fábrica terminó cosiendo cortinas en casa sin estar dada de alta. En la fábrica, reconoce haber sido consciente de que los hombres cobraban más que las mujeres, aunque nadie protestara nunca por ello.

Esto ocurría aproximadamente en 1970, cuando la discriminación salarial no solo estaba asumida, sino que estaba normalizada. Cinco años más tarde, la protección jurídico-laboral española introduce por primera vez el concepto de igual retribución para un trabajo de igual valor, una idea que iba a brillar por su ausencia en la realidad de la gran mayoría de los entornos laborales. Años después, en 1989, una noticia pionera sacaba a relucir el concepto de brecha salarial, término vigente a día de hoy. La noticia decía que las mujeres que trabajaban en la fábrica Jaeger Ibérica -ubicada en Barberá del Vallés (Barcelona)- lograron la igualdad salarial tras siete años de lucha, cuatro sentencias a su favor y movilizaciones que las llevaron hasta las puertas de varios ministerios en Madrid tras veintisiete días de huelga indefinida.

“Yo llegué y no saludé ni a mi padre ni a mi madre porque estaba enfadada”, nos cuenta. Pero solo un mes después dejó de estarlo, ya que su novio Antonio dejaba también Morón para venirse tras ella a Quart de Poblet.

Reme, ya casada y con su hijo en casa, se puso a bordar para una tienda de lencería. Cosía bordados en camisones para la fábrica Modín. Todo lo que ganó en ese tiempo no fue declarado y por eso ahora reconoce lo importante que hubiera sido poder cotizar. Después de aquello siguió cosiendo también en casa para una empresa de cortinas. Reme había heredado de su abuela la pasión por la costura y todo lo que sabía lo había aprendido de ella, una mujer que, tras la Guerra Civil y con 29 años, quedó viuda con cinco hijas e hijos. A su marido lo fusilaron por pertenecer a la CNT, y gracias a la costura pudo dar de comer a sus criaturas.

Hace ya unos años, Reme se apuntó al Centro Andaluz el cual, por aquel entonces, ya se había trasladado a su ubicación actual. Nos cuenta que el ayuntamiento facilitó el terreno y el material necesario, pero que fueron las socias y los socios los que realmente levantaron el lugar. “De hecho, el suelo del patio lo puso mi marido”, afirma orgullosa. A día de hoy, Reme todavía acude al centro, forma parte de la directiva y baila en el Cuadro Adulto. Además, los viernes dirige un taller de costura de trajes de flamenca.



María Granero García

Edad: 79 años. Llegó a Quart de Poblet en 1973 de Villacarrillo, Jaén.

María vino a Quart de Poblet en 1973, junto a su marido, desde Villacarrillo, un pueblo de Jaén. Tenía 33 años y cuando le preguntamos el motivo que les llevó a emigrar nos cuenta: “Como todos, para mejorar”. Como la gran mayoría de familias en Jaén, la suya se dedicó al campo y a las aceitunas. En casa eran seis hermanos, cuatro chicos y dos chicas. “Éramos gente trabajadora y pobre -nos dice-, aunque también teníamos unas poquitas de olivas. No era una cosa muy abundante, pero teníamos para nosotros”. María no pudo ir a la escuela, ya que tuvo que quedarse en casa para poder cuidar de su hermano pequeño, Luis. “Yo tenía seis años y desde entonces tuve que hacerme cargo de mi hermano de tres”, recuerda. Los hermanos mayores iban a trabajar, mientras que ella y Luis se quedaban en casa todo el día solos, algo impensable en la actualidad. Su madre y su hermana mayor, Rosa, marchaban al campo a trabajar “porque no había otra cosa”, nos dice.

María se casó con 28 años en Villacarrillo en una boda doble, al estilo de “siete hermanos para siete hermanas”, pero en versión reducida. Se casó con Miguel, también nacido en Villacarrillo, y junto con otra pareja que era la que formaba su hermana, que se llamaba Rosa, y Juan, hermano de Miguel.

María y Miguel se marcharon a Tarragona a trabajar, y también a Francia, a la vendimia. Desde allí regresaron a Villacarrillo, donde estuvieron un tiempo más hasta que en 1973 emprendieron viaje a Valencia. Eligieron Quart de Poblet porque Ignacio, uno de sus hermanos, ya vivía aquí desde hacía 10 años y trabajaba en una empresa de servicios. Este hermano primero trabajó en Barcelona y la misma empresa lo destinó luego a Valencia. No tardó en traerse a su familia y, años después, María y su marido también vinieron. Y aunque los padres de María se quedaron en Jaén, venían a vivir con ellos en las temporadas que no había faena en el campo. A Quart de Poblet “vinimos tres hermanos, Ignacio, José y yo”, nos aclara.



María y Miguel en Villacarrillo en 1970.

María estuvo limpiando y sirviendo en casas después de casarse. “He estado en Manises, Mislata, Valencia y aquí, pero siempre sin contrato”, nos relata. Ella trabajaba y le pagaban por horas siempre sin ningún tipo de regularización, en horario de mañana y tarde, con una media de siete u ocho casas a la semana y había casas donde estaba desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde.

Miguel trabajaba en la obra, pero se quedó sin faena y justo coincidió con un momento en el que María se había roto el brazo, por lo que terminó yendo con ella a limpiar casas. “Mari, dile a Amparo si quiere que vaya a ayudar”, le decía él. Amparo de Jordá era una de las señoras de las casas donde limpiaba María. Parece ser que al principio Amparo no estaba por la labor de aceptar aquello, por lo visto le daba apuro que un hombre fuera a limpiar su casa, no porque no lo hiciera bien, sino por la idea arraigada de que era faena de mujeres. “Ay, María, es que me sabe mal que un hombre esté limpiando”, le volvía a decir. Amparo finalmente cedió y María iba con su esposo. Ella le iba diciendo lo que tenía que limpiar y cómo había de hacerlo. Una vez ya recuperada del brazo, volvió a trabajar sola de nuevo, pero hasta que eso pasó “fuimos a muchos sitios juntos a limpiar”, nos dice.

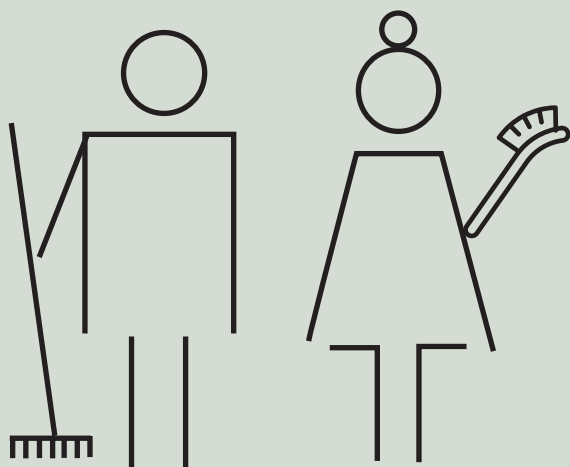
También nos cuenta María que eso pasó porque un día de los que él estaba sin trabajar, ella llegó a casa muy tarde y muy cansada después de limpiar una casa en Mislata. Miguel le preguntó que qué había para cenar y ella le dijo que estaba hecha polvo. Entonces, viéndola, se dio cuenta de que tenía que colaborar en casa. Aquellos días, por lo que cuenta María, le hicieron ver lo duro y pesado que eran las tareas del hogar y comenzó a colaborar mucho más en casa. De no hacer prácticamente nada, pasó a limpiar los fines de semana su propia casa junto a su

Tras vivir la mitad de su vida en Quart de Poblet, sabe que fue una buena decisión emigrar porque “aquí nos aprecian mucho”, y además tuvieron más oportunidades de las que hubieran podido tener allí.

mujer. Al principio, los domingos se iba a jugar a la petanca y ella se quedaba en la casa limpiando, planchando y recogiendo, pero tras ponerse con ella en la limpieza, su mentalidad cambió y se dio cuenta de que así no podía ser”, nos dice María. Incluso cuando Miguel encontró trabajo de albañil de nuevo, aquella rutina la conservó y llegaba los fines de semana “y limpiábamos los dos”. Como María se levantaba a las seis de la mañana todos los días, cuando llegaba el fin de semana él le decía: “No te levantes, voy a por el pan, desayuno y me pongo a limpiar”.

María estuvo limpiando hasta cumplir los 60 años, edad a la que tuvo que dejar de trabajar para cuidar a su madre, que se mudó con ella y su marido cuando faltó su padre. “En dos casas estuve veinte años limpiando, me consideraban como una más de la familia, he estado siempre muy bien y me he sentido muy querida por todos”, nos cuenta.

Abandonar un hogar no es fácil porque supone enfrentarte a lo desconocido, dejar tu pueblo, la familia, el colegio, las amistades y hacer del nuevo lugar tu nueva casa. Por eso, para todas las protagonistas de este libro este proceso de cambio fue complicado y profundo. Sin embargo, hay algo que se repite en todas ellas: “Yo soy de Quart y Quart es mi pueblo”. Y así es. La mayoría de ellas llegaron a Quart de Poblet siendo aún muy jóvenes y fue en este municipio donde crearon una familia y encontraron amigos, amigas y aficiones. Ellas, a través de sus recuerdos, nos han ayudado a comprender y conocer mejor sus propios procesos de transformación personal, pero también el de una metamorfosis colectiva que dio lugar a la configuración y estructura actual del municipio.



Al preguntarle por Quart de Poblet y sus primeras impresiones al llegar nos dice: “Aquí he encontrado una familia que me ha querido mucho, como yo la quiero a ella”, refiriéndose a la gente que los acogió. Quart se convirtió, asegura, en un buen lugar donde vivir. Para entretenerse iban al río, al cine o a pasear, que eran las opciones de ocio que el pueblo ofrecía en aquel momento. También dice: “Íbamos al campo, por la zona de Manises, y así pasábamos el día”.

Nos habla de una buena amiga que conserva todavía, Isabel. Se conocieron en el Hospital Provincial y se hicieron pronto amigas íntimas. Cuando ambas perdieron a sus maridos, se ayudaron mutuamente. De jóvenes, Isabel solía pedirle consejo para hacerse alguna prenda de vestir o por algún tema de costura, así que se juntaban en casa de María para coser juntas.

La casa de sus padres de Villacarrillo no llegó a venderse, ya que sus progenitores vivieron allí hasta casi el final. María y su marido todos los veranos iban al pueblo, lo que hizo que el vínculo con su localidad de origen no se perdiera, incluso años después cuando no podían ir con mucha asiduidad dada su edad. Ahora nos dice: “Echo de menos mi tierra”. Pero lo dice sabiendo y reconociendo que, a pesar de ello, “no podíamos hacer la vida allí”. Tras vivir la mitad de su vida en Quart de Poblet, sabe que fue una buena decisión emigrar porque “aquí nos aprecian mucho”, y además tuvieron más oportunidades de las que hubieran podido tener allí.



Flora González Sudón

Edad: 69 años. Llegó a Quart de Poblet en 1979 de Alburquerque, Badajoz.*

Flora llegó a Quart de Poblet en 1979 junto a su marido Salvador, destinado aquí como policía nacional. Antes, el matrimonio estuvo viviendo en Bilbao en un momento convulso para la sociedad española por los ataques terroristas de ETA y especialmente peligroso para su marido Salvador, presente en la entrevista.

Por aquel entonces en Quart de Poblet no había Policía Armada (éste era el nombre por el que se llamaba antes a la Policía Nacional) y la Policía Local solo contaba con tres o cuatro agentes. Nada más llegar, pusieron a trabajar a Salvador en el ayuntamiento, ya que todavía no existía la ubicación actual de la avenida San Onofre. Una vez construida la comisaría lo trasladaron allí. El matrimonio se alojó de alquiler en un piso en la zona de la Cebollera, para después mudarse a un piso en la misma avenida. Al preguntarles sobre sus impresiones al llegar, ambos nos dicen a la vez: “Nos extrañamos”. Venían de una ciudad grande y desarrollada como Bilbao y se encontraron con un pueblo que, aunque estaba creciendo, era pequeño. Para Flora supuso “un trauma, no conocíamos a nadie, veníamos de una gran ciudad”. Flora regresó a Badajoz para dar a luz a su primera hija, Noemí, ya que allí contaba con su familia.



Flora y Salvador en Algeciras en 1976.

* Aunque Flora no corresponde a nuestro perfil de mujer que vino procedente de otras provincias de España en el éxodo rural que tuvo lugar entre 1950-1975, respondió a nuestra llamada y la hemos querido incluir porque su testimonio se ubica solo unos años más tarde, justo tras la aprobación de la Constitución de 1978, un momento de importantes cambios sociales y políticos, sobre todo para las mujeres.

Salvador, que se crió con sus abuelos en Málaga, se puso a trabajar con ocho años por necesidad familiar. También vivió en Algeciras y, cuando le tocó cumplir el servicio militar, descubrió que aquel mundo le gustaba. Por eso, se marchó a Madrid para ingresar en la academia y fue en aquellos años cuando conoció a su mujer.

Flora, cuando habla de su vida, se muestra satisfecha. “Yo he sido muy feliz y no he hecho más porque no he querido”, asevera. Era la mayor de cinco hermanas. Su madre hacía trajes para hombres, pero no volvió a trabajar una vez se casó. Juan, su padre, además de policía, montó junto a otro compañero una sociedad que se dedicó a la compraventa de género para vender a familias que pudieran pagar a plazos la mercancía que serviría para la dote de sus hijas.

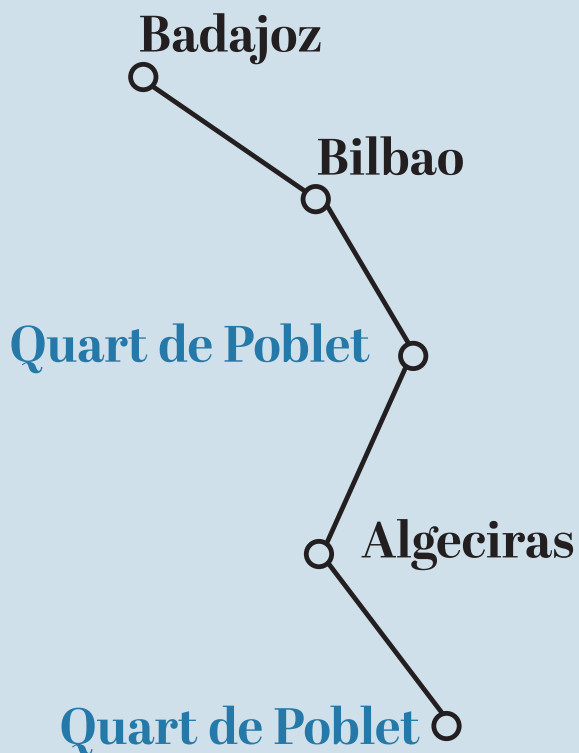
Flora terminó el Bachillerato Elemental y estudió un ciclo de estudios administrativos en Badajoz. Sin embargo, no estudió para ser maestra, hecho del que se arrepiente en la actualidad. Cuando terminó el ciclo, y gracias a un contacto de su padre, se puso a trabajar en una oficina que estaba justo en frente de la academia de policía y fue así como conoció a Salvador. No llevaban ni un año saliendo juntos cuando decidieron casarse y marchar a su primer destino: Bilbao.

Allí estuvieron tres años, de 1976 a 1979, y Flora recuerda que debían mantener con discreción a qué se dedicaba Salvador y que por eso ni las vecinas sabían que era policía. “Era un riesgo y yo decía que mi marido trabajaba en Correos”, confirma, para añadir que tuvieron que cambiar cuatro veces de residencia en la misma ciudad. Recuerda que se organizó una manifestación porque no dejaban entrar a las hijas e hijos de guardias civiles en los colegios públicos. Flora estaba, en ese momento, embarazada de su primera hija y decidió encabezar la manifestación. A todos aquellos miembros de las fuerzas de seguridad que se negaron a amonestar a las manifestantes porque entre ellas estaban sus hijas y mujeres, los castigaron enviándolos a otros lugares. “Al día siguiente, los jefes nos dijeron que cogiéramos la ropa y las cosas y que nos

“Nosotros volvimos porque aquí estábamos muy a gusto”, confiesa Flora. Quart de Poblet se había convertido en el pueblo en el que querían vivir y, al volver, su vida se retomó justo donde la habían dejado.

marcháramos”, recuerda Flora. De esta manera, la familia se mudó a Algeciras donde permanecieron un mes. Pasado ese tiempo, les llamaron y les dieron un destino. Flora y Salvador terminarían en Quart de Poblet sin saber que este lugar se convertiría en su hogar.

Una vez en Quart de Poblet, Flora se puso a trabajar en una fábrica de cerámica, llamada Torreblanca, ubicada en Manises. Aquí en Valencia nacería Juanjo, su segundo hijo, “y para poder irme a trabajar, a mis dos hijos los pude matricular en la guardería de la Parroquia Santa Cecilia”, recuerda. A pesar de vivir a gusto en el pueblo, Salvador pidió destino en Algeciras y allí estuvieron tres años. Sin embargo, con el tiempo pensaron que allí no había muchas oportunidades para sus hijos por lo que el matrimonio se planteó volver a Valencia. Mientras, en Algeciras, Flora entró como limpiadora en un colegio. “A mí nunca se me han caído los anillos”, explica relatando su vida laboral. Además, fue ayudante de vigilancia en el Paso del Estrecho de Gibraltar haciendo tareas de ayuda humanitaria con el colectivo de árabes que llegaban en coche desde España y otras ciudades de Europa. También ocupó el cargo de presidenta de una asociación de personas desempleadas mayores de cuarenta años y cuyo objetivo era conseguir la inserción laboral de colectivos de personas con adicciones al alcohol y a otras drogas a los que intentaban proporcionar trabajo como aparcacoches. Flora es y ha sido siempre una mujer reivindicativa y con iniciativa para hacer distintas cosas.



La familia regresó a Quart de Poblet y Salvador, con el título de control de fronteras, se puso a trabajar de policía en el aeropuerto. Se instalaron en el mismo piso de alquiler de la avenida que habían dejado tres años antes. “Nosotros volvimos porque aquí estábamos muy a gusto”, confiesa Flora. Quart de Poblet se había convertido en el pueblo en el que querían vivir y, al volver, su vida se retomó justo donde la habían dejado. Otra gran casualidad que le tenía preparado el destino fue que Flora también pudo volver a trabajar en la misma fábrica de cerámica en la que había estado en el pasado. Años más tarde también trabajó como administrativa en Manises.

Echando la vista atrás, reconoce que podría haberse independizado antes de casarse porque “mi padre me abrió una cartilla y el dinero que yo ganaba se ingresaba ahí”. De este modo, pudo ahorrar con su sueldo, algo poco frecuente en aquel momento. En casa, a pesar de ser cinco hijas, Flora reconoce riendo: “Yo no hacía nada”. Su madre era la que se encargaba de la casa, mientras ella y sus hermanas estudiaban. Su progenitora, aunque sí les controló los horarios de entrada y salida, jamás las obligó ni inculcó el rol de mujer dedicada a las tareas del ámbito privado de su hogar, lo que seguramente permitió que nuestra entrevistada viera el mundo con un prisma diferente a la gran mayoría de las mujeres de su época.

El matrimonio se apuntó al Centro Andaluz porque sus amistades insistieron, y por eso Flora se emociona cuando nombra a María Oña y a su marido Cristóbal. Nuestra entrevistada también estuvo muchos años en el Coro Rociero cantando, y asegura que el ayuntamiento ayudó mucho en su construcción. Recuerda que al principio solo era “un foso” antes de convertirse en lo que es hoy en día. A medida que han pasado los años “vemos que hay menos andaluces y más valencianos en el centro”, afirma Flora, algo comprensible teniendo en cuenta que las nuevas generaciones ya han nacido en Valencia.

Los recuerdos de las experiencias individuales de nuestras protagonistas construyen la memoria colectiva, ésa que compartimos todas las personas. Los relatos que hemos mostrado a lo largo de estas páginas nos revelan no solo lo que pasó, sino también el significado de cómo ocurrió. En “Un billete de ida” afloran los recuerdos, éstos en los que una puede revivir episodios alegres y reconfortantes, pero también ser asaltada por sufrimientos imborrables.

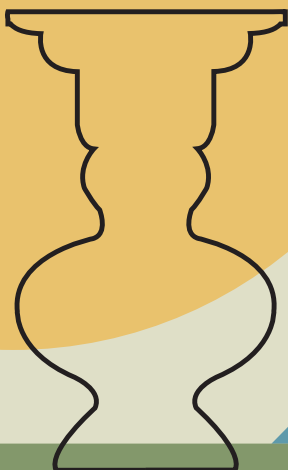
Agradecimientos

En primer lugar, nuestro más sincero agradecimiento a todas las protagonistas. Gracias por haber participado en el libro y haber contribuido a la recuperación de la historia de las mujeres del éxodo rural. Sois todo un ejemplo para las generaciones futuras.

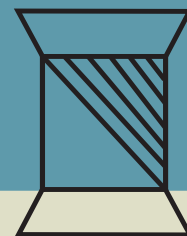
En segundo lugar, agradecer a las hijas de M^a Antonia Julve Layunta, Yolanda y Rosario, por contarnos la historia de su madre y de su familia. A Juani, la hija de Isabel Egea Figueroa, por aportar sus recuerdos al relato de su madre. Y a los maridos de Juana María Navarrete Giménez y de Flora González Sudón, Gregorio y Salvador, respectivamente, por estar presentes en las entrevistas y apoyar a sus mujeres.

También dar las gracias al Departamento de Patrimonio Local y al Museo Virtual de Quart de Poblet por la búsqueda y cesión de imágenes, así como al Centro de Día y Residencia Mixta de Quart de Poblet, al Centre Social Intergeneracional Trenquem Barreres y a Quart Jove, por cedernos sus espacios para realizar las entrevistas.

Y por último, agradecer especialmente a las entidades y asociaciones del municipio que con tanto cariño han colaborado: Entidad Cultural Castilla-La Mancha, Rondalla Aires Manchegos de Quart de Poblet, Centro Cultural Andaluz, Coro Rociero Virgen de la Luz, Asociación Mujer, Ocio y Trabajo (M.O.T.), Asociación de Amas de Casa y Consumidores Tyrius y Asociación de Bolilleras de Quart de Poblet.



En 1975, más de la mitad de la población de Quart de Poblet provenía de otras provincias españolas. —



50549

VALENCIA

PRECIO
PTAS 6,85

ENTREGUESE
A LA LLEGADA

VIAJE
50549



AJUNTAMENT DE
Quart
de Poblet

CASA
DE LA
DONA



GENERALITAT
VALENCIANA

Vicepresidència i Conselleria
d'Igualtat i Polítiques Inclusives



SISTEMA PÚBLIC
VALENCIÀ DE
SERVEIS SOCIALS